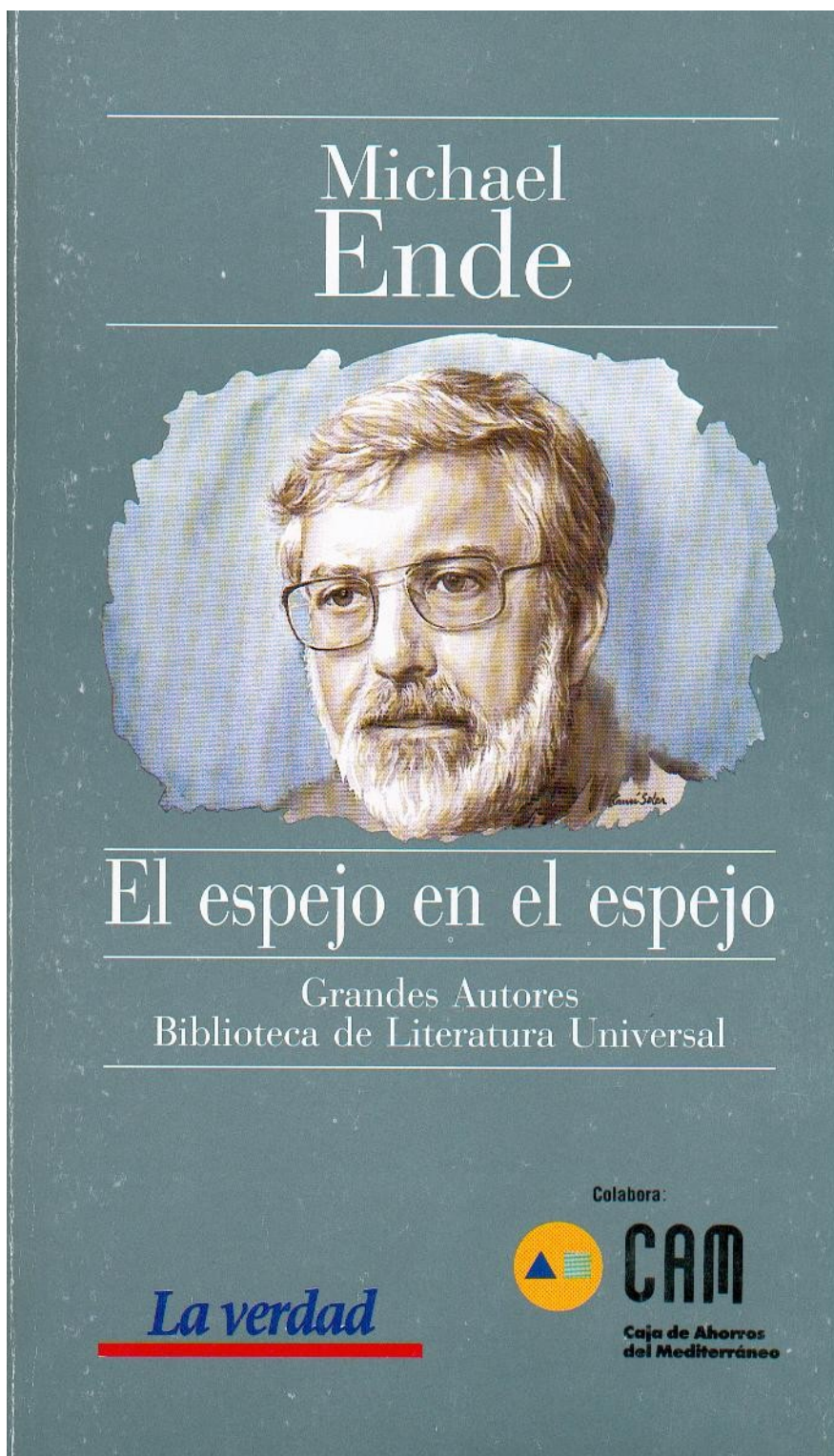


MICHAEL ENDE

EL ESPEJO EN EL ESPEJO



Perdóname, no puedo hablar más alto.

No sé cuándo me oirás, tú, a quien me dirijo.

¿Y acaso me oirás? .

Mi nombre es Hor.

Te ruego que acerques tu oído a mi boca, por lejos que estés de mí, ahora o siempre. De otro modo no puedo hacerme entender por ti. Y aunque te avengas a satisfacer mi ruego quedarán bastantes secretos que tendrás que desvelar por tu cuenta. Necesito tu voz donde la mía falla.

Esta debilidad se explica quizás por la manera de vivir de Hor. Habita, hasta donde puedo recordar, un edificio gigantesco, completamente vacío, en el que cada palabra pronunciada en voz alta produce un eco interminable.

Hasta donde puede recordar. ¿Qué significa?

En sus diarias caminatas por salas y pasillos Hor sigue encontrándose a veces con el eco errante de algún grito proferido imprudentemente en otros tiempo. Le resulta muy penoso encontrarse así con su pasado, sobre todo porque la palabra pronunciada entonces ha llegado a perder forma y contenido hasta volverse irreconocible. A esos balbuceos idiotas no se expone ya Hor.

Se ha acostumbrado a utilizar su voz -si es que la utiliza- por debajo de ese umbral vacilante a partir del que podría producirse un eco. Este umbral se halla sólo un poco por encima del silencio total, pues la casa es de una sonoridad cruel.

Sé que exijo mucho, pero tendrás que contener incluso la respiración si te interesa escuchar las palabras de Hor. Sus órganos vocales se han atrofiado con tanto silencio -se han transformado.

Hor no podrá hablar contigo con mayor claridad que la que es propia de aquellas voces que oyes poco antes de quedar dormido.

Y tendrás que hacer equilibrios en el estrecho margen entre el sueño y la vigilia o flotar como aquellos para los que arriba y abajo significa lo mismo.

Mi nombre es Hor.

Mejor sería decir: me llamo Hor. ¿Pues quién, aparte de mí, me llama por mi nombre?

¿He mencionado ya que la casa está vacía? Quiero decir completamente vacía. Para dormir, Hor se acurruca en un rincón o se acuesta donde esté en ese momento, incluso en medio de una sala cuando las paredes están demasiado lejos.

La comida no le preocupa a Hor. La substancia de la que están hechas paredes y columnas es comestible -al menos para él-. Es una masa amarillenta, ligeramente transparente, que sacia muy de prisa el hambre y la sed. Además las necesidades de Hor son escasas en este sentido.

El paso del tiempo no significa nada para él. No tiene posibilidad de medirlo, excepto con el latido de su corazón. Pero éste es muy desigual. Hor no conoce los días ni las noches, siempre le rodea la misma penumbra.

Cuando no duerme, vaga de un lado a otro, pero no persigue ninguna meta. Es sencillamente un impulso, una necesidad que le divierte satisfacer. Sólo de vez en cuando llega a una pieza que cree reconocer, que le parece conocida, como si ya hubiese estado en ella en tiempos inmemoriales. Por otro lado, señales inconfundibles le permiten a menudo inferir que pasa por un lugar en el que ya estuvo una vez -una esquina mordisqueada, por ejemplo, o un montón de excrementos resecos-. Sin embargo, la pieza en sí le resulta a Hor tan extraña como las demás. Quizás las habitaciones se transforman durante la ausencia de Hor, crecen, se extienden o encogen. Quizás es el paso de Hor el que provoca estas transformaciones, pero a él no le gusta esa idea.

Que aparte de Hor alguien habite la casa, me parece imposible. Claro que no hay pruebas de ello debido a la inimaginable amplitud de la construcción. Es tan poco imposible como probable.

Muchas habitaciones tienen ventanas, pero éstas sólo se abren a otras piezas, generalmente más amplias. Aunque la experiencia no le ha enseñado hasta ahora nada diferente, a veces Hor imagina que llega a una última pared extrema cuyas ventanas ofrecen una vista de algo completamente distinto. Hor no puede decir lo que podría ser, pero a veces se entrega a largas reflexiones sobre ello. Sería falso afirmar que anhela esa vista -es sólo una especie de juego, un inventar intencionado de diversas posibilidades-. En sus sueños, sin embargo, Hor ha disfrutado a veces de tales vistas, aunque al despertar no recordara nada digno de mención. Sólo sabe que era así y que solía despertarse anegado en lágrimas. Pero Hor le da poca importancia, lo menciona porque es extraño...

Me he expresado mal. Hor no sueña nada, y no tiene recuerdos propios. Y sin embargo, toda su existencia está llena de los horrores y goces de experiencias que asaltan su espíritu a la manera del recuerdo súbito.

Claro que no siempre. A veces su espíritu permanece mucho tiempo como una superficie de agua inmóvil, pero en otros momentos estas experiencias le asaltan por todos los lados, le acosan, le golpean como rayos y entonces corre por los pasillos vacíos, se tambalea, hasta que cae agotado al suelo y se queda tumbado y vomita. Pues ante esto Hor se halla indefenso.

A la manera del recuerdo súbito. ¿Lo dije así?

Me llamo Hor.

¿Pero quién es: yo-Hor? ¿Soy sólo uno? ¿O soy dos y tengo las experiencias de aquel segundo? ¿Soy muchos? ¿Y todos los demás que son yo viven allí, fuera de aquel extremo y último muro? ¿Y todos ellos no saben nada de sus experiencias, nada de sus recuerdos, porque éstos no pueden quedarse afuera con ellos? Ah, pero con Hor sí se quedan, viven con su vida, le acometen sin compasión. Se funden con él. Tira de ellos como de una cola que se arrastra interminable por las salas y habitaciones y sigue creciendo y creciendo.

¿O acaso os llega también algo de mí a los que estáis ahí fuera, a uno o a muchos, que sois uno conmigo como las abejas con la reina? ¿Me sentís, miembros de mi cuerpo disperso? ¿Oís mis palabras inaudibles, ahora o sin tiempo? ¿Acaso me buscas tú, mi otro? ¿A Hor que eres tú mismo? ¿A tu recuerdo que está conmigo? ¿Nos aproximamos a través de espacios infinitos como estrellas, paso a paso e imagen por imagen?

¿Y nos encontraremos una vez, algún día o sin tiempo?

¿Y qué seremos entonces? ¿O no seremos ya? ¿Nos anularemos mutuamente como el sí y el no?

Pero entonces verás: yo he guardado todo fielmente.

Mi nombre es Hor.

El hijo se había soñado alas bajo la experta dirección de su padre y maestro. Durante muchos años las había creado, pluma por pluma, músculo por músculo y huesecillo por huesecillo en largas horas de trabajo, de sueño, hasta que tomaron forma. Las había dejado crecer de sus omóplatos en la posición correcta (era especialmente difícil percibir con toda exactitud la propia espalda en sueños), y había aprendido poco a poco a moverlas adecuadamente. Había sido una dura prueba para su paciencia seguir practicando, hasta que tras interminables y vanos intentos fue por primera vez capaz de elevarse al aire por unos instantes. Pero luego cobró confianza en su obra, gracias a la benevolencia y severidad inquebrantables con que le guiaba su padre. Con el tiempo se había acostumbrado tan por completo a sus alas que las sentía como parte de su cuerpo, tanto que experimentaba en ellas dolor o bienestar. Al final había tenido que borrar de su memoria los años en que había estado sin ellas. Ahora era como si hubiese nacido con alas, como con sus ojos o manos. Estaba preparado.

No estaba en absoluto prohibido abandonar la ciudad-laberinto. Al contrario, quien lo lograba era mirado como un héroe, un bienaventurado y su leyenda era contada durante mucho tiempo. Pero eso sólo les estaba reservado a los dichosos. Las leyes a que estaban sometidos todos los habitantes del laberinto eran paradójicas, pero inmutables. Una de las más importantes decía: sólo quien abandona el laberinto puede ser dichoso, pero sólo quien es dichoso puede escapar de él.

Pero los dichosos eran raros en los milenios.

El que estaba dispuesto a intentarlo, tenía que someterse antes a una prueba. Si no la superaba, no era castigado él, sino su maestro, y el castigo era duro y cruel.

El rostro de su padre había estado muy serio cuando le dijo: «Esta clase de alas únicamente sostiene al que es ligero. Pero sólo hace ligero la felicidad.» Después había escudriñado largamente a su hijo y preguntado por fin:

-¿Eres feliz?

-Sí, padre, soy feliz -había sido su respuesta.

¡Oh, si de eso se trataba, no había peligro alguno! Era tan feliz que creía poder volar incluso sin alas, pues amaba. Amaba con todo el fervor de su joven corazón, amaba sin reservas y sin la sombra de una duda. Y sabía que su amor era correspondido de la misma manera incondicional. Sabía que la amada le esperaba, que al final del día, tras superar la prueba, iría a su habitación azul celeste. Entonces ella se echaría en sus brazos ligera como un rayo de luna y en ese abrazo infinito se elevarían sobre la ciudad, dejando atrás sus muros como un juguete arrinconado, volarían sobre otras ciudades, sobre bosques y desiertos, montañas y mares, lejos y más lejos, hasta los confines del mundo.

No llevaba sobre el cuerpo más que una red de pescador que arrastraba como una larga cola por las calles y callejas, los pasillos y habitaciones. Así lo quería el ceremonial en aquella última prueba decisiva. Estaba seguro de que la superaría,

aunque no la conocía. Sólo sabía que siempre se adecuaba por completo a la personalidad del candidato. De esta manera ninguna prueba se parecía jamás a la de otro. Podía decirse que la prueba consistía precisamente en adivinar a través del autoconocimiento en qué consistía aquélla. El único mandamiento severo al que podía atenerse decía que bajo ningún concepto debía entrar durante la duración de la prueba, es decir, antes de la puesta del sol, en la habitación azul celeste de la amada. En caso contrario quedaría inmediatamente excluido de todo lo demás.

Sonrió al pensar en la severidad casi furiosa con que su respetado y bondadoso padre le había comunicado este mandamiento. No sentía la más mínima tentación de quebrantarlo. Ahí no había peligro alguno para él, en ese aspecto estaba tranquilo. En el fondo nunca había entendido bien todas aquellas historias en las que un mandamiento semejante hacía que alguien se sintiese precisamente impulsado a vulnerarlo. En su marcha por las desconcertantes calles y edificaciones de la ciudad-laberinto había pasado ya varias veces ante la construcción en forma de torre en cuyo piso más alto, cerca del tejado, vivía la amada, y dos veces incluso ante su puerta, sobre la que figuraba el número 401. Y él había pasado de largo, sin detenerse. Pero eso no podía ser la verdadera prueba. Habría sido demasiado sencilla, excesivamente sencilla.

A todas partes donde llegaba se encontraba con desdichados que le miraban o seguían con ojos admirados, nostálgicos o llenos de envidia. Conocía a muchos de ellos de antes, aunque tales encuentros no podían producirse nunca intencionadamente. En la ciudad-laberinto, la situación y disposición de las casas y calles cambiaba ininterrumpidamente, por eso era imposible darse cita en ella. Cada encuentro sucedía casual o fatalmente, según como se quisiera entender.

Una vez el hijo sintió que la red que arrastraba quedaba prendida y volvió sobre sus pasos. Bajo el arco de una puerta vio sentado a un mendigo cojo que enganchaba una de sus muletas en las mallas de la red.

-¿Qué haces? -le preguntó.

-¡Ten piedad! -contestó el mendigo con voz ronca-. A ti no te pesará, pero a mí me aliviará mucho. Tú eres un hombre dichoso y escaparás del laberinto. Pero yo permaneceré aquí para siempre, porque nunca seré feliz. Por eso te pido que te lleves una pequeña parte al menos de mi desdicha. Así participaré un poco en tu evasión. Eso me daría consuelo.

Los dichosos raramente son duros de corazón, tienden a la compasión y dejan participar a otros de su abundancia.

-Está bien -dijo el hijo-, me alegra poder hacerte un favor con tan poco.

Ya en la siguiente esquina se encontró con una madre angustiada, vestida con harapos, acompañada de tres niños hambrientos.

-Supongo que no nos negarás a nosotros -dijo llena de odio- lo que concediste a aquél.

Y prendió una pequeña cruz sepulcral de hierro en la red.

A partir de ese momento la red se hizo cada vez más pesada. Había un sinnúmero de desdichados en la ciudad-laberinto y todos los que se encontraban con el hijo prendían cualquier cosa en la red: un zapato, una prenda de vestir o una estufa de hierro, un rosario o un animal muerto, una herramienta o hasta una puerta.

Caía la tarde y se aproximaba el final de la prueba. El hijo avanzaba penosamente paso a paso, inclinado hacia adelante como si luchase contra una gran tempestad inaudible. Su rostro estaba cubierto de sudor, pero todavía lleno de esperanza, pues creía haber comprendido en qué consistía su misión y se sentía, a pesar de todo, con las suficientes fuerzas para llevarla a cabo.

Entonces anocheció y seguía sin venir nadie para decirle que ya bastaba. Sin saber cómo había llegado con la interminable carga, que arrastraba, a la terraza de aquella casa como una torre en la que estaba la habitación azul celeste de su amada. Nunca se había percatado de que desde allí se divisaba una playa, aunque tal vez ésta no había estado nunca en aquel lugar. Profundamente preocupado, el hijo se dio cuenta de que el sol descendía detrás del horizonte brumoso.

En la playa había cuatro hombres alados como él y, aunque no podía ver al que hablaba, oyó claramente como eran absueltos. Preguntó a gritos si le habían olvidado, pero nadie le prestó atención. Tiró con manos temblorosas de la red, pero no logró quitársela de encima. Gritó una y otra vez, llamó a su padre para que viniese a ayudarlo inclinándose todo lo que podía sobre la barandilla.

En la última luz del crepúsculo vio cómo allí abajo su amada, envuelta en velos negros, salía conducida por la puerta. Luego apareció, tirado por dos caballos negros, un coche negro cuyo techo era un gran retrato, el rostro lleno de dolor y desesperación de su padre. La amada subió al coche y éste se alejó hasta que desapareció en la oscuridad.

En ese instante el hijo comprendió que su misión había sido ser desobediente y que no había superado la prueba. Sintió cómo sus alas creadas en sueños se marchitaban y caían como hojas otoñales, y supo que nunca volvería a volar, que nunca podría ser otra vez feliz y que, mientras durase su vida, permanecería en el laberinto. Pues ahora formaba parte de él.

La buhardilla es azul celeste, las paredes, el techo, el suelo, los escasos muebles. El estudiante está sentado detrás de la mesa y sostiene su cabeza con las manos. Su pelo está desordenado, sus orejas arden, sus manos están frías y húmedas. Fría y húmeda está la pequeña habitación. Y encima acaba de irse ahora la luz.

Se acerca más el libro y vuelve a empezar desde el principio. Tiene, tiene que terminar aún la tarea. La semana que viene es el examen.

«...La teoría de la relatividad se basa en la constancia de la velocidad de la luz... P es un punto en el vacío... P', un punto alejado la distancia d sigma e infinitamente próximo..., un punto infinitamente próximo... de P parte en el tiempo t un impulso luminoso que llega a P' en el tiempo $t + dt$... »

El estudiante siente que sus ojos están duros y secos como botones de asta. Se los frota un rato con los dedos hasta que empiezan a llorar. Echándose hacia atrás contempla la buhardilla en torno suyo, un cobertizo de tablas que él mismo construyó dos años atrás -en un rincón del gran desván-. Entonces le gustaba el azul celeste, ahora ya no le gusta. Pero no tiene tiempo para cambiar nada, ya ha perdido demasiado.

¿Le permitirán seguir viviendo allí? Paga un alquiler, desde luego, pero muy bajo. Por eso se ha instalado allí. Quien no tiene dinero, no puede ser exigente. Pero ahora que se ha muerto el antiguo propietario de la casa le subirán quizás el alquiler. ¿A dónde irá entonces? Y precisamente ahora, antes del examen. ¿Cómo va uno a concentrarse si no sabe siquiera dónde irá a parar mañana? Si los herederos se pusiesen por fin de acuerdo para que uno supiese al menos a qué atenerse.

Aparta el libro y se pone de pie. Está pálido y es alto, demasiado alto. Tiene que agachar la cabeza para no chocar contra el techo. Quiere salir de una vez de la incertidumbre, inmediatamente, para poder seguir trabajando sin sentirse angustiado por las preocupaciones.

El gigantesco desván que atraviesa está lleno de toda clase de objetos imaginables: muebles, enormes jarrones, animales disecados, muñecos de tamaño natural, máquinas y engranajes incomprensibles. Baja la ancha escalera, luego corre por la galería en la que cuelgan miles de espejos ciegos, grandes y pequeños, lisos y curvos que reflejan su imagen mil veces, pero borrosa.

Por fin llega a una de las grandes salas. Parece un museo de etnología después de un saqueo. Las vitrinas de cristal están en parte destrozadas, las joyas y los objetos de valor que estaban expuestos en ellas han sido arrancados de su sitio. Féretros de momia han sido forzados, hay montones de vasijas rotas por el suelo, armaduras cuelgan torcidas en las perchas y ropajes aztecas de plumas de colibrí se caen a jirones y son pasto de las polillas.

El estudiante se detiene y mira asombrado en torrio suyo. ¿Cómo puede haber degenerado todo tanto desde que estuvo aquí por última vez?

¿Pero cuándo estuvo aquí por última vez? ¿Vivía aún el antiguo propietario? Sí, probablemente. En realidad nunca llegó a verle. Sólo a su viejo criado, un hombre de cara severa y gravedad solemne.

Mientras el estudiante está reflexionando, aquel criado entra en la sala. Lleva un gran plumero debajo del brazo, su librea está sucia y rota, el pelo blanco rodea, desordenado, su cabeza y -¡efectivamente!- se tambalea un poco al andar y hace movimientos nerviosos con las manos, mascullando entre dientes.

-¡Buenos días! -dice el estudiante amablemente-, ¿podría decirme, por favor...?

Pero el viejo criado pasa de largo gesticulando y no parece verle. El estudiante le sigue.

-Absurdo -murmura el criado con un gesto definitivo-, es absolutamente absurdo empezar siquiera. Dios le guarde, querido joven.

El estudiante está bastante confuso.

-¿Qué quiere decir con eso?

-¡Cualquier cosa! -le grita el criado-. Un comienzo es siempre un absurdo monstruoso. ¿Por qué? ¡Porque no existe tal cosa! ¿Acaso conoce la naturaleza un principio? ¡No! ¡Entonces es contrario a la naturaleza empezar! ¿Y en mi caso? Igual de absurdo. La prueba: por ejemplo, ahora.

Extrae una botella del bolsillo de la chaqueta y echa un trago, se estremece, eructa, vuelve a guardarse la botella cuidadosamente. El estudiante se dispone a hacer su pregunta, pero el viejo prosigue:

-Hay que pensar -dice, dándose unos golpecitos en la frente con el dedo-, pensar objetivamente, ¡eso es lo que hay que hacer! ¿Comprendido, joven? Así que si pienso objetivamente tengo que decirme que no existe la menor esperanza de que yo, un hombre solo, débil, cambie en algo la situación de las cosas. ¿Quién soy yo para atreverme a ello? Un anciano agotado por el perpetuo esfuerzo de pensar, ése soy yo. ¡No me replique!

Vuelve a extraer la botella, bebe, se seca la boca con la manga.

-Hay que vivir desde el espíritu, ¿comprendido, joven? ¡Hay que vivir desde el conocimiento! Pero eso no es tan sencillo. Sobre todo en la vida cotidiana. Supongamos que me lanzo a la lucha desesperada contra la superioridad de todo este polvo aletargado, ¿qué conseguiré? Nada, nada en absoluto, me lo dice mi razón lógica. Excepto quizás un agravamiento de unas condiciones de por sí ya desesperadas. Un ejemplo: ahora correré esta cortina y en el acto se desgarrará.

Corre una pesada cortina de la ventana y ésta se desgarrá inmediatamente, cayendo al suelo entre una nube de polvo.

-Otro ejemplo -prosigue el viejo, imperturbable-: trataré de abrir esa ventana y en el acto se me caerá encima.

Trata de abrir la ventana y ésta se le cae encima al instante. Los cristales se rompen con estrépito contra el suelo.

El criado mira al estudiante con aire triunfal.

-¿Qué le decía? Esto lo demuestra todo. El caos crece con cada intento de dominarlo. Lo mejor sería estarse quieto y no hacer nada. Toma un trago más.

-Ah, bueno -dice el estudiante mirando distraído en torno suyo-, ¿usted quiere poner esto en orden?

-¡Quitar el polvo! -le corrige el viejo criado-. Quitar el polvo, como lo he hecho toda una vida. Pero ya ve lo que queda de todos nuestros esfuerzos y desvelos: polvo. O más bien parece que al final sólo queda ceniza. Polvo al principio y ceniza al final. Lo mimo da. En todo caso es como si uno no hubiese existido nunca. Pasa sin dejar huella, eso es lo más grave.

-Al menos -opina el estudiante amablemente, sólo por decir algo alentador-, al menos entra un poco de aire fresco. Se oye el silbido de las becasas que vienen volando desde el pantano. Eso también es algo.

El viejo suelta una risita y tose.

-¡Sí, sí, la querida naturaleza! Esa sigue su curso sin más. Nuestras dificultades le importan un bledo. Además tampoco tiene que tomar decisiones como yo. Pero no, el hombre no es un pájaro porque no tiene alas. ¡El hombre tiene que vivir desde el conocimiento objetivo, para eso tiene su cerebro, joven! Esa es la moral. Moral significa: las cosas no son tan sencillas. ¡Recuérdelo, joven! Tengo que volver a analizar el problema desde el principio.

-Ya veo -dice el estudiante- que usted no se deja desanimar fácilmente. ¿Pero podría darme antes rápidamente una pequeña información?

El criado no le escucha. Se dirige a la sala siguiente hablando solo:

-El problema es el siguiente: si efectivamente empezar no tiene sentido, no empezar tiene sentido. Ergo: me abstengo.

-¡Exacto! dice el estudiante siguiéndole-. Absténgase.

-¡Una deducción concluyente! -el viejo se ríe astutamente-. Pero ahora escuche, joven: ¿qué es la vida humana?

El estudiante le mira sonriendo desconcertado.

-Bueno, francamente no quisiera definirme aquí...

El viejo le da en el pecho con el dedo y le sopla el aliento en la cara.

-Luchar es una posición perdida, ¡ésa es la vida! -dice subrayando cada palabra-. ¿Y en qué consiste la grandeza moral, el postulado ético, el imperativo ético? Yo se lo digo, joven: ¡aunque todo carezca de sentido hay que empezar! ¿Por qué? ¡Porque hay que hacer lo que se puede!

-¡Bravo! -dice el estudiante, tratando de esquivar el aliento.

-Reconozco sinceramente -prosigue el criado- que me acabo de poner a mí mismo en un aprieto, ineludiblemente. ¡Y eso no es cualquier cosa!

-Es usted realmente un pensador implacable -apunta rápidamente el estudiante.

El viejo respira profundamente y abre los brazos.

-Aquí estoy, como portero y hombre -grita a través de las salas-, contra mí toda la desesperante superioridad del caos, y he tomado una decisión irrevocable.

De pronto se desmorona, coge al estudiante por el brazo y se aferra a él.

-Si ahora no me aparta alguien del abismo en el último instante -musita aterrado-, empezaré irremediabilmente a quitar el polvo. Las consecuencias, joven, son imprevisibles.

Pero el estudiante apenas le ha escuchado y se quita al viejo de encima. Ha visto algo que atrae al máximo su atención. En el centro de la siguiente sala, visibles a través de las puertas abiertas, unas personas están sentadas alrededor de una larga mesa de conferencias. No se distinguen claramente en la penumbra de la sala, pero el estudiante no duda de que son los herederos en trance de negociar.

-Diga, por favor -susurra al viejo señalando hacia la mesa-, ¿se sabe ya algo concreto?

-Gracias -contesta el criado también en voz baja-, gracias por distraerme, joven. Lamento tener que comunicarle que no, que todavía no se sabe nada.

-¡Qué contrariedad! -opina el estudiante dirigiéndose resuelto hacia la mesa-. Tengo que preguntarles sencillamente...

Pero el viejo le ha cogido por la manga y trata de retenerle.

-¡Por todos los cielos, no moleste a los señores! ¡Precisamente ahora, no! ¡Es absolutamente imposible!

El estudiante se detiene y sin perder de vista a los herederos declara a media voz:

-Tengo que saber ahora mismo si podré quedarme o si tengo que buscar un alojamiento, ¡compréndalo! Estas cosas requieren su tiempo y ahora no puedo

perderlo. La semana que viene es mi examen y si me echan mañana o pasado mañana me veré en un buen aprieto.

-Ya comprendo -dice el viejo dándole unos cachetes en la mejilla-, tenga aún un poco de paciencia. Los jóvenes sois tan impacientes. Si se empeña, me informaré cuando se presente la ocasión.

-¡Eso ya me lo prometió hace dos semanas!

-Cierto, pero desgraciadamente los señores no se han puesto aún de acuerdo en quién de ellos será el nuevo propietario.

-Tardan bastante, ¿no le parece?

-Según como se mire. Estas cosas necesitan tiempo. Pero los señores se están acercando cada vez más al acuerdo, ¡créame! Hacen los mayores esfuerzos. Pero en estas circunstancias excepcionales es muy, muy difícil llegar a una solución.

-Pero los señores están bastante callados, encuentro yo. Ni siquiera hablan entre sí.

-Sí, sí, por desgracia han vuelto a llegar a un punto muerto. Ahora están reflexionando para hallar una nueva base de negociación. No se le ocurra molestar en este momento, si no tardarán aún mucho más.

Pero el estudiante se suelta violentamente del criado y se dirige decidido a la mesa alrededor de la cual están sentadas las personas. Al acercarse se da cuenta de que están rígidas e inmóviles como momias. Grueso polvo cubre sus cabezas, sus barbas, sus trajes, sus gafas. Telas de araña que ondean levemente con la corriente cuelgan entre ellos. Sin decir una palabra el estudiante las señala mirando al viejo criado.

-Sí -murmura éste, apurado-, como una hamaca, ¿verdad?

El estudiante mira también debajo de la mesa y las sillas. Huellas de diminutas patitas recorren por todas partes el polvo, seguramente de cochinillas o escarabajos.

-¿Le apetece un trago? -pregunta el viejo criado tendiendo la botella al estudiante.

-Este espectáculo le da a uno sed, ¿no le parece?

El estudiante huele la botella y se echa para atrás bruscamente.

-Dios santo, ¿qué es esto?

-Vinagre -explica el viejo mostrando de pronto su antigua dignidad grave-, vinagre y hiel. Una mezcla famosa. Pone sobrio. El único medio de volver una y otra vez a la razón en esta situación delirante. Como ve, soy un bebedor al revés. Uno se acostumbra a todo. Usted también terminará por acostumbrarse.

-No lo creo -responde el estudiante-. Y tampoco me acostumbro a la maldita inseguridad de no saber lo que va a pasar conmigo y mi habitación.

-Oh -dice el viejo sonriendo afligido-, esto es sólo el principio. Pero, a decir verdad, yo tampoco había contado con que las cosas se prolongasen tanto. Realmente creía que se abriría el testamento del difunto señor y sabría a qué atenerme.

-¿Qué se ha interpuesto, en realidad?

El viejo toma un trago.

-En realidad no se ha interpuesto nada -cierra la botella con el corcho y la guarda.

El estudiante camina despacio alrededor de la larga mesa mirando una tras otra las caras empolvadas de los herederos. Sopla a uno de ellos y una nube de polvo se eleva.

Suspirando, se sienta en un sofá tapizado en damasco que inmediatamente se desmorona.

Se levanta penosamente, sacudiéndose el polvo.

-No pueden seguir así durante mucho tiempo -dice-, si ha de quedar algo.

-Eso mismo opino yo -comenta el criado pasándole por encima el plumero.

-¿Cuánto tiempo cree usted que tardarán aún?

-Eso es difícil de saber. Quizás poco, quizás mucho.

-Pero de momento puedo contar con conservar mi buhardilla durante un tiempo, ¿verdad?

-Yo no me fiaría, joven.

-¡Vaya mierda! -dice el estudiante suavemente-. Es verdaderamente estúpido estar así en el aire.

El viejo se ríe otra vez tosiendo.

-Todos estamos en el aire, usted, los herederos, sus familiares, yo incluso -hace un gesto alrededor de su cuello como si colgase de una soga-. Y a uno se le enfrían los pies con tanta facilidad -vuelve a toser.

-¿Los herederos? -pregunta el estudiante-. ¿Por qué ellos?

-Bueno, los señores tampoco saben qué actitud adoptar los unos con los otros, con quién aliarse y con quién no. Cada uno puede llegar a ser alguna vez importante para el otro, ninguno puede permitirse enemistarse del todo con el otro. Así que se

odian en silencio y se observan mutuamente con ojos como bocas de revólver. Lo peor es que cada uno ha traído un sinnúmero de familiares que se instalan en todas las habitaciones de la casa. Y no estamos preparados para acoger a tantos huéspedes. Así que en las salas inferiores ellos han construido ya chozas y bungalows, para ello han demolido valiosos muebles antiguos y arrancado tablonces del entarimado. Últimamente organizan incluso fuegos sobre el parquet para hacer sus comidas. Las conducciones eléctricas de la casa se mostraron completamente insuficientes para resistir todas las estufas, placas, aparatos de radio, televisores y qué sé yo. Cualquier día tendremos el más terrible incendio. Yo voy de un lado a otro suplicando a la gente, pero todos me dicen: ¿Por qué yo precisamente? Nadie quiere restringirse si no lo hacen antes los demás. Al principio todo se consideraba provisional, pero entre tanto los señores se han instalado confortablemente en esta situación provisional. Es para llorar.

El viejo se saca un pañuelo mugriento y se limpia la nariz.

-De todo esto -dice el estudiante, aturdido- no había notado casi nada, excepto que a veces se iba la luz.

-Hasta qué extremo estoy yo mismo en el aire -prosigue el viejo con voz lastimera- es algo que usted apenas puede imaginar, querido joven. Todos los señores me consideran su criado personal: ¡Haga esto! ¡Tráigame aquello! ¡Pero que sea de prisa! Y yo no puedo defenderme porque cada uno puede convertirse en el nuevo amo. ¡Sencillamente, no doy abasto ya! Piense que me utilizan para espiarse los unos a los otros. Y yo no puedo enojar a ninguno. Y esto a un hombre acostumbrado a vivir desde el pensamiento, desde la razón. Es el infierno.

El viejo se seca los ojos con el pañuelo.

-Pero ¿qué sucederá cuando se arregle la situación? ¿Qué será entonces de mí? ¡Dígame! ¿Podré conservar mi puesto? ¿Me pagarán al menos por este trabajo sobrehumano? ¿O me echarán finalmente a la calle a pesar de todos mis esfuerzos, viejo y achacoso como estoy? Esta espada de Damocles sobre mi cabeza paraliza, como usted comprenderá, mis ganas de trabajar. ¡Y precisamente por eso ayudo a que se rompa el cabello del que pende esa espada! ¡Los seres humanos son crueles! ¡Joven, tiene ante usted a un desesperado!

Sollozando, el viejo se apoya en el pecho del estudiante. Este le acaricia confuso y murmura:

-En realidad debería estar trabajando, pero en los últimos días y noches he estudiado tan intensamente que quizás me venga bien un poco de ejercicio. Así que si puedo echarle una mano, entonces...

El viejo criado se consuela en seguida.

-Por supuesto -dice-, el trabajo físico es muy sano, casi tanto como dormir. ¡Tome el plumero y vaya empezando ya! ¡Pero con cuidado, por favor! ¡No rompa nada!

Camina hacia la puerta, se vuelve y dice severo:

-Pasaré más tarde para ver si has trabajado como es debido. ¡Así que esfuérate, muchacho, si no me vas a conocer! Hale, ¿a qué esperas?

El viejo sale y el estudiante le sigue asombrado con la mirada. Luego se encoge de hombros sonriendo débilmente y empieza a quitar el polvo con el plumero. Envuelto en una nube de polvo se detiene tosiendo y queda sumido en cavilaciones.

-Un momento -murmura-, ¿cómo era aquello? Tengo que escribirlo...

Se dirige a la mesa alrededor de la que están sentados los herederos inmóviles y empieza a escribir en el polvo con el dedo.

-d sigma elevado al cuadrado igual a c al cuadrado dt al cuadrado..., si introducimos la coordenada imaginaria del tiempo raíz de menos uno ct igual a x cuatro, entonces, según la ley de la constancia de la expansión de la luz ds al cuadrado igual a dx uno al cuadrado más dx tres al cuadrado más dx cuatro al cuadrado igual a cero...

Acerca una silla a la larga mesa, se sienta entre dos herederos, apoya la cabeza en la mano y sigue haciendo cálculos.

-Puesto que esta fórmula expresa un hecho real, la fórmula ds tiene que tener también un significado real, incluso cuando los puntos vecinos del continuo cuatridimensional espacio-temporal se encuentran de tal manera que ds desaparece..., no, alto, no desaparece..., no desaparece..., no...

Su cabeza desciende lentamente sobre el tablero de la mesa y con la mejilla sobre las fórmulas escritas en el polvo duerme tranquilo y respirando profundamente como un niño.

La catedral de la estación se alzaba sobre una gran roca de color pizarra que flotaba por el espacio crepuscular vacío.

Había aún otras islas similares, mayores o menores, que pasaban volando a diferentes distancias, algunas tan lejos que no se podía distinguir lo que sucedía sobre ellas, otras lo bastante cerca para poder hacerles señales. Algunas tenían la misma velocidad, permanecían, por lo tanto, siempre igual de alejadas entre sí, otras avanzaban más despacio o más de prisa, de manera que se adelantaban o quedaban atrás hasta que se perdían de vista. La mayoría parecían deshabitadas o estaban oscuras, en todo caso sólo unas pocas estaban iluminadas, como aquella sobre la que estaba la catedral de la estación, una construcción babilónica de desconcertantes dimensiones, lejos aún de estar terminada, como demostraban los numerosos andamios. A través de los muros calados en filigrana resplandecía y centelleaba la luz. Música de órgano sonaba del interior.

Un altavoz tronó: «¡Atención! ¡Atención! ¡Viajeros con enlace! El tren suplente procedente de d sigma elevado al cuadrado hará su entrada por la vía ct a las t más dt según el horario previsto... »

Por la nave del andén iban y venían masas humanas grises, pasaban formando ríos apretados llevando cargas, gritando, gesticulando y trabándose. Aquí y allá había grupos sentados en el suelo o sobre montañas de equipaje, cajas, cajones y paquetes atados provisionalmente. Toda aquella gente estaba vestida con andrajos sucios, chusma harapienta y mendigos piojosos, legañosos, cubiertos de costras, desastrados. Sin embargo, las cestas, las maletas y los sacos que llevaban consigo rebosaban de billetes de banco. Carros de equipaje que eran empujados trabajosamente entre ellos estaban cargados hasta arriba con pilas de fajos de billetes.

En el borde extremo de un andén, donde se abría una nave al exterior y una docena de vías salía al espacio vacío, un bombero miraba el trajín con ojos perplejos. Llevaba un uniforme azud oscuro con relucientes botones de latón, el casco con el cubrenuca de cuero sobre la cabeza, la rutilante hacha niquelada en la funda del cinturón. Un grueso bigote negro adornaba su labio superior.

Muy cerca de él, una mujer joven flaca se afanaba con una gran bolsa de viaje que apenas podía arrastrar. Vestía una especie de traje de penitente, un hábito de monje de pesada tela negra toda rota. La capucha enmarcaba una delgada cara pálida, ascética, con ojos ardientes.

El bombero se acercó a la joven.

-¿Me permite? -preguntó-. ¿Puedo ayudarla?

Ella accedió asombrada a que de cogiese la bolsa y se la cargase al hombro.

-¿A dónde vamos?

-¿Oye el órgano? -dijo ella-. Pronto será mi turno. He de ir a las taquillas.

Él fue por delante, pasó por encima de algunas figuras miserables que dormían en el suelo con la cabeza sobre fajos de billetes.

-¿Qué es esto? -gritó volviéndose-, quiero decir, ¿cómo se llama la estación?

-Estación de paso -contestó ella.

-¿Ah? dijo él mirándola de reojo, pues con el ruido no estaba seguro de haber comprendido bien-. ¿Para usted también? Yo sólo estoy aquí de paso, ¡gracias a Dios! Sólo hago aquí transbordo.

-Eso se lo creen todos -contestó ella-, yo también lo creía. Pero la estación de paso es la estación terminal, al menos mientras no cese el jadeo éste. Y no cesa. No cesa.

El altavoz tronó: «Trece mil setecientos once..., trece mil setecientos diez... »

Un grupo de seres como espantapájaros se abrió paso entre ellos separándoles. Cuando la joven regresó braceando a donde estaba él, dijo atropelladamente:

-No llegaremos nunca. Ninguno de los que estamos aquí. Eso lo sabe usted tan bien como yo, ¿verdad?

-¿Qué he de saber? -preguntó él, cargándose la pesada bolsa de viaje sobre el otro hombro-, yo no sé nada.

-Que no llega ni sale ningún tren. ¡Es todo mentira!

-¡Tonterías! -respondió él-, yo he llegado hace poco y no tengo la intención de quedarme. Aquí no se me ha perdido nada.

Ella soltó una risita descorazonada.

-¿De verdad? Eso ya se verá. ¿A dónde va usted?

-A una fiesta -dijo inseguro-, un desfile o algo así..., van a darme una condecoración..., creo -un poco irritado, concluyó-. Perdone, pero esto no es cosa suya.

Ambos fueron empujados de un dado a otro por dos mendigos y la joven se agarró a su brazo.

-¡Nadie llegará! -le chilló al oído-, ¡Nadie! ¡Nadie!

Tuvieron que esquivar un carro de hierro de ruedas chirriantes que empujaba hacia ellos un sujeto gigantesco, calvo, con la cabeza cubierta de pústulas. Sobre el carro había un ataúd azul celeste de niño. La tapa estaba entreabierta, el ataúd rebosaba

billetes de banco. El bombero se quedó mirándolo perplejo y con la mano libre se quitó de la frente el sudor que le brotó de repente. Siguió caminando a prisa y apartó a su vez sin contemplaciones a un grupo de hambrientos.

Él y la joven habían alcanzado casi el gran arco que formaba la entrada a la nave de taquillas. La música de órgano era aquí tan fuerte que resultaba difícil entenderse. Cuando cesó un instante, él dijo:

-¿Sabe una cosa? Estoy oyendo el tictac del despertador en su bolsa de viaje.

Ella palideció aún más.

-No es un despertador -repuso secamente.

«Doce mil novecientos tres...», tronó el altavoz, «doce mil novecientos dos:..., doce mil novecientos uno...».

Tras abrirse paso hasta la nave de taquillas a través de un río de gente, el bombero colocó la bolsa de viaje en el suelo. Estaban uno junto ad otro, apretados contra un pilar del arco de la entrada.

La nave de las taquillas era gigantesca y se perdía hacia arriba en la oscuridad. En el lado izquierdo había una especie de ábside, a la derecha, a media altura, una planta intermedia sobre la que se erguía, grande como una montaña, el órgano. En lo alto del ábside figuraba en lugar del rosetón un gran reloj cuya esfera estaba iluminada por dentro, pero faltaban las manecillas. Debajo, sobre un plano elevado, estaba el altar, en cuyo centro se alzaba el tabernáculo. Tenía la forma de una enorme caja de caudales con cinco cerrojos de números en la puerta, ordenados como un pentagrama inverso. No sólo el altar y el tabernáculo, sino cada saliente, cada balastrada, cualquier lugar que lo permitía, estaba cubierto de velas encendidas. Por todas partes la cera goteante había formado cascadas solidificadas, barbas y estalactitas. Cientos de escaleras de diversa altura estaban apoyadas por doquier contra las paredes. El bullir de los miserables era en esta nave aún más terrible que afuera junto a las vías. La masas formaban verdaderos remolinos y corrientes que chocaban entre sí. El aire estaba caliente como en un horno, nubes de humo y polvo vagaban de un lado a otro, olía a sudor y basura.

Delante del altar brincaban, como en una danza ritual, algunos pobres diablos vestidos con batas de color gris sucio que llegaban hasta sus tobillos, figuras grotescas con narices en forma de uva, bocios, jorobas, vientres caídos, nucas cubiertas de bubones, bocas desdentadas y miembros deformes. Manipulaban toda clase de aparatos o hacían con los dedos señales por encima de las cabezas de la multitud, como agentes de Bolsa. De cuando en cuando se abría la caja de caudales, entonces caía afuera una carga de billetes en fajos. Uno de los miserables tomaba un fajo, lo sostenía solemnemente en alto con ambas manos y lo mostraba a la multitud. Esta caía de rodillas, el órgano rugía poderosamente y un coro de mil voces gritaba: « ¡Milagro y misterio! » Los fajos eran repartidos a las primeras filas de los miserables y la caja de caudales se cerraba. El ritual comenzaba de nuevo. Los receptores se abrían paso entre la multitud para poner a salvo su ganancia y los que venían detrás ocupaban sus puestos. Por las escaleras subían y

bajaban constantemente ágiles ayudantes que depositaban los fajos de billetes en alguna parte en lo alto de las paredes.

Entonces se dio cuenta el bombero de que todos los muros, todas las columnas y pilares, también el del arco de la puerta, contra el que era empujado, estaban formados por estos fajos de billetes. Toda la catedral estaba construida con ladrillos de dinero de papel. Y todavía se seguía construyendo más y más, pues cada apertura del tabernáculo vomitaba nuevas cantidades. Los miles y miles de llamas de las velas bailaban y tremolaban y la cera corría y goteaba.

-¡Dios del cielo! -masculló el bombero--, ¡esto va en contra de todas las normas de seguridad! ¡Es una locura monstruosa!

Se quitó el casco y secó el cuero interior con el pañuelo. Había desabrochado su chaqueta. El órgano enmudeció.

-¿Me haría un favor? -preguntó la joven, que le había observado en silencio-. Tengo que ir un momento a la tribuna. No 'tardaré mucho. ¿Podría guardarme mientras tanto mi bolsa?

Él asintió ausente, sin poder desprender su mirada de las in terminables filas de llamas, y dijo:

-Esto no puede terminar bien.

Un tipo de aspecto ladino con un cajón de vendedor ambulante estaba de pronto delante de él. Llevaba un sombrero redondo, rígido, y sus mejillas estaban tan hundidas que casi parecían agujeros. En el cajón había algunas pilas de sobres cerrados.

-¡La fortuna le persigue, señor jefe de bomberos! -dijo el tipo con una sonrisa torcida-, ¡no la deje escapar! ¡No desaproveche esta ocasión única, no volverá a presentarse! ¡Aproveche su oportunidad!

-¿La fortuna? -preguntó el bombero-. ¿Qué quiere decir con eso?

El tipo le miró con ojos torvos, sus manos pasaron nerviosamente por encima de los sobres.

-No cuesta nada. Todo es gratis. ¡Anímese!

-¿Gratis? -el bombero sacudió la cabeza-. Mire, me temo que no soy lo bastante rico para permitirme algo que no cuesta nada.

El rufián ahogó una risita.

-Exacto, los secretos del verdadero beneficio parecen a menudo paradójicos. ¡Pero confíe en mí, señor, no se lo piense más! ¡Le prometo que pronto tendrá tanto dinero que podrá permitirse el haber aceptado!

-¿Qué es lo que lleva ahí?

El granuja esbozó de nuevo la mueca de una sonrisa.

-Señor mío, le ofrezco aquí las últimas acciones de la catedral de la estación. Si las toma, gratis como le dije, tendrá también una participación segura en la milagrosa multiplicación del dinero.

-No, gracias -contestó el bombero--, no quiero tener una participación en eso. Sólo estoy aquí de paso. Quisiera proseguir mi viaje lo más pronto posible.

-Eso lo querían todos -dijo el tipo-, pero luego se lo pensaron mejor. Ya ve usted cuántos son los que saben ver su ventaja, y cada vez son más. Tanta gente lúcida no puede equivocarse..., ¿o se considera usted mucho más inteligente?

-Además -prosiguió sin inmutarse el bombero-, esto no durará mucho, de todas formas. Pronto encontrará un final desastroso.

-¡Ahí se equivoca usted! -exclamó el otro-, la milagrosa multiplicación del dinero continuará siempre. No acaba nunca. Y mientras no acabe, nadie querrá irse. Y mientras no quiera irse nadie, no saldrá ningún tren. ¡Todo seguirá igual! ¿Seguro que no quiere un par de acciones? ¿Al menos dos o tres?

-¡No! -le gritó el bombero.

-¡Está bien, está bien! -el rufián alzó las manos con ánimo de apaciguarle-. ¡Pero luego no me venga quejándose! Yo se lo he advertido.

Luego ahuecó el sombrero y desapareció rápidamente en la aglomeración.

«Diez mil setecientos nueve...», bramó el altavoz, «diez mil setecientos ocho..., diez mil setecientos siete...».

La música del órgano volvió a sonar, esta vez amortiguada. La melodía sonaba como un coral antiguo, pero sólo se oía una sola voz de mujer. Flotaba cálida y fuerte por el gigantesco espacio. Nadie la escuchaba, sólo el bombero miraba asombrado hacia la tribuna de donde venía. Reconoció a la joven del hábito negro, que estaba allí arriba de pie, cantando junto a la barandilla.

-¡Una artista! -murmuró él-, ¡una verdadera artista! Nunca lo hubiese imaginado.

Estaba tan cautivado por la belleza de la voz que de momento no prestó atención a las palabras de la canción. Un extraño temblor en ella le afectó casi físicamente en lo más profundo de su alma. Especialmente cuando pasaba de los tonos altos a los bajos se producía una pequeña ruptura histérica que le llegaba al mismísimo corazón. Escuchaba entusiasmado y ahora penetraron también las palabras en su conciencia:

*Caminantes en el ajetreo del mundo
estamos sin meta en el tiempo.*

*Sólo a través de un amor puro desinteresado
llegarás al ahora y aquí.
Alma prepárate:
¡ahora y aquí es la eternidad!*

Después la joven retrocedió y desapareció de su vista. El órgano volvió a rugir y varió el tema. Al otro lado, en el altar, se abrió de nuevo el tabernáculo y paquetes de billetes cayeron de él.

«Diez mil quinientos dieciocho...», tronaba el altavoz, «diez mil quinientos diecisiete...».

Una mendiga con una espuerta llena de billetes apoyó al pasar la punta de una de sus muletas sobre el pie del bombero y le despertó de su embeleso. Este buscó con la mirada la bolsa de viaje que le había confiado la cantante y constató con espanto que había desaparecido. Se abrió paso entre la multitud de los harapientos, buscó y miró a su alrededor, pero no pudo descubrirla por ninguna parte. Sin duda se la habían robado mientras escuchaba el cántico, tal vez ya antes, cuando el hombre del tenderete le había embaucado en la conversación. Se maldijo por su falta de atención. En todo caso tenía que avisar en seguida a la joven.

Se sumergió en la vociferante chusma, fue atrapado y arrastrado por un remolino y aterrizó finalmente, braceando y empujando al pie de la escalera que conducía a la tribuna. Cuando intentó subir, fue sujetado por un par de jovenzuelos de aspecto malvado que antes de que pudiese darse cuenta de lo que sucedía le retorcieron los brazos en la espalda.

-¿Eres accionista? -preguntó uno.

El bombero sacudió la cabeza.

-¿Entonces qué buscas aquí?

-Tengo que decirle algo a la cantante. Es urgente. ¡Hagan el favor de soltarme!

Los jovenzuelos intercambiaron unas miradas, luego le empujaron escaleras arriba. También aquí había velas por todas partes, incluso en el pasamanos y en los peldaños.

Arriba en el órgano estaba sentado delante del teclado un hombre fuerte, con el torso desnudo, empapado en sudor. Su largo pelo gris y su barba formaban una mata enmarañada, grasienta, incluso sobre los hombros y la espalda le crecía un pelaje erizado. A horcajadas sobre sus rodillas, con los brazos alrededor de su cuello, estaba sentada la joven. Su hábito negro estaba remangado hasta las caderas, debajo estaba desnuda. Su rostro estaba inundado de sudor y lágrimas. Tenía dos ojos cerrados, la boca abierta como un grito silencioso, mientras el hombre trabajaba en el instrumento con grandes movimientos de brazos y piernas. Las notas hacían vibrar toda la tribuna.

Los granujas dieron al bombero un empujón, dejándole tan cerca de la pareja que su cara tocó casi la de ellos. Entonces se dio cuenta de que los dos hablaban a gritos.

-¿Es ya de noche?

-Aún no, querido.

-En cuanto oscurezca, nos largamos.

-Sí, querido.

-No te preocupes, pequeña. Saldremos de aquí, te lo he prometido. Hasta ahora he logrado salir de todas partes. En todo caso, la mayor parte de mí. En la oscuridad estoy en ventaja.

-¡Nunca oscurecerá! -chilló ella-, ¡esto no acabará nunca! ¡Nunca llegaremos!

-¡Perdone! -exclamó el bombero-, yo..., yo no quisiera molestar, lo siento. Es sólo por su bolsa. Desgraciadamente ha sido robada.

-¿Y qué? -repuso la joven sin abrir los ojos-, celebraré haberme librado de ella. Por eso se la confié a usted. Pero no me servirá de nada. Siempre vuelve conmigo. Ya lo he intentado todo.

El hombre dejó de tocar el órgano. Despacio volvió la cabeza y preguntó:

-¿Con quién hablas, pequeña? ¿Quién está ahí?

-No sé -contestó ella, aún con dos ojos cerrados-, uno cualquiera.

El bombero vio la cara del organista y se asustó. Las cuencas de los ojos estaban vacías, el hueso de la nariz hundido. La cicatriz de una herida terrible cruzaba la cara en diagonal.

-Dile que desaparezca -dijo el hombre- en seguida.

-Sí, claro -balbució el bombero, desconcertado-, yo pensaba sólo..., por la bolsa..., quizás habría que denunciarlo..., seguramente hay muchas cosas dentro..., quiero decir cosas valiosas.

La mujer seguía hablando con los ojos cerrados.

-Usted oyó cómo hacía tictac, ¿verdad?

-Sí, sí -contestó él-, el despertador.

Ella movió despacio la cabeza.

-Una bomba. Lo que ha estado arrastrando es una bomba de relojería. Eso es todo lo que hay en la bolsa.

El bombero tragó varias veces, antes de recuperar da voz.

-¡Pero..., pero uno no puede llevar algo así encima durante horas!

-¿Durante horas? -repetió ella y el ciego rió en silencio-. ¡Es usted un auténtico bombero! Ya de he dicho que siempre vuelve conmigo. Desde hace años. Puedo hacer lo que quiera. A veces estaba ya tan agotada que...

-¡Pero, por Dios! -la voz del bombero se quebró-. ¡La bomba puede estallar en cualquier momento!

-Exacto -dijo ella.

-¡Y toda esta gente! Hay que desactivar inmediatamente este artefacto.

-Inténtelo dijo ella-. Para desactivar la bomba hay que abrir la bolsa. Y si se abre, estalla.

-Entonces hay que llevársela de aquí.

-¡Búsquela, ande! -contestó la mujer-. Ya verá que no sirve de nada quebrarse la cabeza. Sólo cabe esperar que llegue el momento.

Ahora abrió por primera vez dos ojos, que estaban hinchados de llorar.

-Entonces -añadió en voz baja- no estaba destinada para este lugar, para esta estación de paso.

Mientras decía eso el hombre se dejó caer con ella del banco y ambos se revolcaron por el suelo de un lado a otro. Ella se aferraba con las piernas a sus caderas y chillaba con dos ojos extraviados:

-¡Quiero llegar! ¡Es que no comprende que quiero llegar de una vez! ¡No quiero nada más que eso, sólo llegar.

En su frenesí derribaron algunos candelabros, las vedas rodaron por el suelo cubierto de billetes y salpicado de cera, que inmediatamente empezó a arder por varios puntos. El bombero se arrancó la chaqueta del cuerpo y golpeó con ella las llamas, pero la chaqueta también se empapó de cera líquida, inflamándose. A duras penas logró apagar el fuego. Pero cuando respiró aliviado y miró en torno suyo se encontró con que estaba solo en la tribuna, ¡De mal humor contempló la chaqueta maltrecha y parcialmente carbonizada!

-En realidad sólo pretendía hacer transbordo aquí -gruñó.

«Ocho mil novecientos veintisiete...», tronó el altavoz, «ocho mil novecientos veintiséis..., ocho mil novecientos veinticinco... ».

Al otro lado, en el altar, había continuado ininterrumpidamente la milagrosa multiplicación del dinero. Nadie de la multitud de mendigos había prestado atención a los hechos producidos en la tribuna. En un púlpito a la izquierda del altar se erguía ahora un anciano decrepito. Una descomunal nariz ganchuda daba a su rostro el aspecto de un buitre. Se había colocado en la cabeza una especie de mitra de papel y predicaba con amplios movimientos de brazos:

-¡Misterio de todos los misterios, y bienaventurado es quien participa de él! Dinero es verdad, la única verdad. ¡Todos tienen que creer en ello! ¡Y que vuestra fe sea inquebrantable y ciega! ¡Sólo vuestra fe lo convierte en lo que es! Pues hasta la verdad es una mercancía sometida a la eterna ley de la demanda y oferta. Por eso nuestro dios es un dios celoso y no tolera a ningún otro dios a su lado. Y sin embargo, se ha puesto en nuestras manos y convertido en mercancía para que podamos poseerlo y recibir su bendición...

La voz del predicador era aguda y estridente y apenas se oía en el clamor general. El bombero avanzó abriéndose paso entre la multitud. Cada vez que encontraba a su alcance velas encendidas, las apagaba. Miradas asombradas y consternadas se cernían sobre él. Pero no les prestó atención. Prosiguió en su empeño, aunque sabía que era inútil, pues apenas había pasado de largo, las velas se encendían de nuevo. Poco a poco se fue apoderando de él una furia sorda.

-¡El dinero lo puede todo! -gritó el predicador-, une a las personas a través del acto de dar y tomar, puede transformar todo en todo, espíritu en materia y materia en espíritu, convierte piedras en pan y crea valores de la nada, se autofecunda eternamente, ¡es todopoderoso, es la forma bajo la que dios está entre nosotros, es dios! Donde todos se enriquecen de todos, ¡se vuelven ricos todos al final! ¡Y donde todos se hacen ricos a costa de todos, nadie paga los gastos! ¡Milagro de milagros! Y si preguntáis, queridos creyentes, ¿de dónde viene toda esta riqueza? Yo os lo digo: ¡viene de su propio beneficio futuro! Su propio provecho futuro es lo que disfrutamos ahora, Cuanto más tengamos ahora, mayor será el beneficio futuro, y cuanto mayor el beneficio futuro, más tendremos ahora. De esta manera somos nuestros propios acreedores y nuestros propios deudores para siempre, y nosotros nos perdonamos nuestras deudas, ¡amén!

-¡Basta! gritó el bombero subiendo la escalera del púlpito- ¡Se acabó! ¡Ya está bien! ¡Silencio de una vez! Todo lo que sucede aquí es completamente irresponsable. ¡Prohibo que continúe este acto! Todos los presentes deben abandonar urgentemente el edificio. Existe el máximo peligro...

De pronto se hizo un silencio sepulcral en la gigantesca nave de taquillas.

-¡Un infiel! -exclamó junto al altar uno de los granujas-. ¿Cómo ha entrado aquí un infiel?

-¿Tiene usted acciones? -le gritó el predicador.

-¡Eso es ahora completamente indiferente! -bramó el bombero a su vez-, ¡sean razonables, en su propio interés!

-¡Un infiel! -aulló la multitud-, ¡un blasfemo! ¡Matadle!

Un tumulto enorme se desató. Figuras miserables subieron cojeando la escalera del púlpito, manos agarraron al bombero, lo estrangularon, lo golpearon y arrojaron por encima del antepecho del púlpito. El bombero cayó estrellándose pesadamente contra el suelo, golpes de muletas y bastones llovieron sobre él, pies le propinaron patadas y pisotones hasta que dejó de moverse.

«Seis mil trescientos catorce...», tronó el altavoz, «seis mil trescientos trece..., seis mil trescientos doce...».

Pasó un rato antes de que el bombero recobrará el conocimiento y pudiese sentarse. Le dolía la cabeza, su ojo izquierdo estaba hinchado y cerrado, sangraba de la boca y la nariz. Comprobó que había perdido el casco, que la chaqueta y el pantalón estaban hechos jirones. Ahora tenía también el aspecto de una de las figuras miserables que pululaban alrededor suyo, pero sin preocuparse ya de él. Intentó ponerse en pie, pero volvió a caerse en seguida de bruces. Todo le daba vueltas y sintió náuseas. Vomitó.

Un poco más tarde se arrastró a gatas entre los pies de la multitud y descubrió finalmente en una de las paredes un confesionario que la cera que caía había convertido en una especie de gruta de estalactitas. Con gran esfuerzo se metió dentro, cerró la puerta, se recostó y volvió a perder el conocimiento.

No sabía cuánto tiempo había estado sentado así cuando un leve ruido cerca de su oído le hizo despertar. Fuera, en la nave, el clamor y los gritos seguían tan violentos como antes, pero este ruido le llegaba a través de la pequeña rejilla del tabique que dividía el confesionario en dos celdas, y sonaba como el desesperado sollozo ahogado de un niño. Eso sorprendió al bombero, pues hasta entonces no había visto niños en toda la catedral de la estación. Intentó mirar a través de los agujeros de la rejilla, pero no pudo ver nada. En cambio oyó entre los sollozos palabras susurradas:

-Dios mío, ¿dónde estás...? ¿Y dónde se ha quedado el mundo...? No puedo encontrarlo..., ya no existe..., yo ya estoy muerto... y ni siquiera he nacido aún...

-Tú, ¿quién eres? -preguntó el bombero-. No quería escuchar, pero estaba aquí todo el tiempo. ¡Perdona, por favor! Sólo quisiera decirte que esto es sólo una estación de paso, es decir, hay... ¡eh, tú! ¿Me estás oyendo? ¿No quieres hablar conmigo?

Pero el otro lado permaneció en silencio. Abrió la puerta del confesionario para asomarse, pero no había nadie. En el asiento sólo estaba la pesada bolsa de viaje.

Lo único que le había quedado de su equipo de bombero era el hacha reluciente. La sacó de la funda.

-¡Ni un minuto más! -dijo en voz alta-. ¡Ni un minuto más!

Con el dorso punzante del hacha rompió el cierre de la bolsa de viaje, luego la abrió despacio y con la mayor cautela. La bolsa estaba vacía.

Se irguió. Sudor frío caía de sus sienes por las mejillas.

«Setecientos sesenta y ocho...», tronó el altavoz, «setecientos sesenta y siete..., setecientos sesenta y seis...».

Y débilmente, pero de forma clara e inconfundible, pudo oírse detrás de la voz impasible que recitaba los números el tictac, cada vez más fuerte y amenazador.

El bombero luchó por salir de la nave de la catedral. Un par de veces fue empujado hacia atrás, pero al cabo de algún tiempo logró alcanzar los andenes. El altavoz daba números ininterrumpidamente, el tictac martilleaba.

«Ciento cincuenta y tres..., ciento cincuenta y dos..., ciento cincuenta y uno..., ciento cincuenta..., ciento cuarenta y nueve...»

Cuando por fin llegó otra vez al lugar donde las vías salían al espacio vacío, encontró en el suelo el hábito de penitente que había llevado la joven. Lo recogió y se sentó en el borde extremo del andén.

A lo lejos vio otras islas que cruzaban el espacio crepuscular como nubes al atardecer, algunas oscuras, otras iluminadas como aquella sobre la que se alzaba la catedral de la estación.

-Quizás ha salido un tren, después de todo -dijo el bombero hacia el vacío- no sé a dónde quería ir ella, pero a lo mejor ha llegado mientras tanto...

Y mientras sus manos acariciaban la pesada tela negra del traje roto, oyó cómo el tictac del altavoz se hacía insoportablemente fuerte y la voz impasible recitaba los últimos números:

«Siete..., seis..., cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno..., cero... »

Pesado paño negro perdiéndose hacia los lados y hacia arriba en la oscuridad cuelga en pliegues verticales que movidos por una corriente de aire imperceptible ondean un poco de vez en cuando.

Le habían dicho que ése era el telón del escenario y que en cuanto empezase a alzarse, él debería iniciar inmediatamente su baile. Le habían inculcado que no se dejase confundir por nada, pues desde allí arriba se tenía a veces la impresión de que el patio de butacas no era más que un oscuro abismo vacío, otras veces parecía que se contemplaba el ajetreo de un mercado o una calle animada, un aula de colegio o un cementerio, pero que todo eso era una ilusión de los sentidos, en una palabra, que sin preocuparse lo más mínimo por la sensación que tuviese, por si alguien le miraba o no, empezase, al mismo tiempo que se alzaba el telón, a bailar su solo.

Así estaba, pues, allí, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano derecha colgando, la izquierda apoyada sueltamente en la cadera esperando el comienzo. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba esa postura, convirtiéndose, por así decirlo, en su imagen inversa reflejada.

Todavía no quería alzarse el telón.

La poca luz que venía de algún lugar en lo alto, se concentraba sobre él, pero apenas era lo bastante fuerte para que él pudiese ver sus propios pies. El círculo de claridad que le rodeaba le permitía distinguir vagamente el pesado paño negro que tenía delante. Ese era el único punto de referencia para la dirección que tenía que seguir, pues el escenario se hallaba en absoluta oscuridad y era vasto como una llanura.

Se preguntó si había decorados y lo que podían representar. Para su baile no tenían mayor importancia, pero le hubiera gustado saber en qué entorno le iban a ver. ¿Un salón festivo? ¿Un paisaje? Sin duda, al alzarse el telón cambiaría de iluminación. Entonces también se aclararía esa cuestión. Estaba de pie esperando, con una pierna cruzada sobre la obra, la mano izquierda colgando, la derecha apoyada descuidadamente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba de postura, convirtiéndose de nuevo en la imagen inversa de su imagen reflejada.

No debía dejarse distraer, pues en cualquier momento podía alzarse el telón. Entonces tenía que estar presente con cuerpo y alma. Su baile comenzaba con un poderoso golpe de timbal y un furioso torbellino de saltos. Si se retrasaba en la entrada todo estaba perdido, nunca recuperaría el compás inicial. Mentalmente repasó una vez más todos los pasos, las piruetas, entrechats, jettés y arabesques.

Estaba satisfecho, tenía todo presente. Estaba seguro de que estaría bien. Ya oía crecer los aplausos como el dorado fragor del mar. También repasó una vez más el saludo, pues era importante. Quien lo hacía bien podía a veces prolongar considerablemente el aplauso. Mientras pensaba todo esto estaba de pie esperando, una pierna cruzada sobre la obra, la mano derecha colgando, la izquierda apoyada

ligeramente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba de postura, transformándose de nuevo en la inversa imagen reflejada de su imagen reflejada.

El telón seguía sin alzarse y se preguntó cuál podría ser la causa. ¿Habían olvidado quizás que él ya estaba allí en el escenario, listo para empezar? ¿Le buscaban quizás en su camerino, en la cantina del teatro o incluso en su casa, le buscaban angustiados y desesperados? ¿Debía hacerse notar en la oscuridad del escenario, avisar o hacer una señal con la mano? ¿O no le buscaban y había sido aplazada la representación por algún motivo? ¿La habrían suspendido al final sin avisarle? Quizás se habían ido todos hacía tiempo sin acordarse de que él estaba allí esperando su actuación. ¿Cuánto tiempo llevaba ya allí? ¿Quién le había asignado además ese lugar? ¿Quién le había dicho que ése era el telón y que en cuanto se alzase debía iniciar su baile? Empezó a calcular cuántas veces se había convertido ya en su imagen reflejada y en la imagen reflejada de su imagen reflejada, pero inmediatamente se lo prohibió para no verse sorprendido por el súbito alzamiento del telón o quedarse mirando impotente al público sin recordar su papel. ¡No, tenía que permanecer tranquilo y concentrado! Pero el telón no se movía.

Poco a poco la feliz excitación inicial fue dando paso a una profunda amargura. Tenía la sensación de que estaban abusando de él. Tenía ganas de echar a correr del escenario para quejarse enérgicamente en alguna parte, para gritar a alguien a la cara su desilusión, su rabia, para armar un escándalo. Pero no sabía muy bien a dónde tenía que correr. Lo poco que veía del paño negro que tenía delante era su única orientación. Si abandonaba aquel lugar, andaría a ciegas en la oscuridad y perdería infaliblemente toda orientación. Y era muy posible que precisamente en ese instante se alzase el telón y sonase el golpe de timbal del comienzo. Y entonces estaría en un lugar totalmente incorrecto, con las manos extendidas como un ciego, quizás incluso de espaldas al público. ¡Imposible! La idea le hizo enrojecer de vergüenza. No, no, tenía que permanecer a toda costa donde estaba, quisiera o no, y esperar a que le diesen una señal, si es que se la daban. Así que estaba allí de pie, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano izquierda colgando hacia la derecha apoyada pesadamente en la cadera. De tiempo en tiempo, cuando el agotamiento le obligaba, cambiaba de postura, convirtiéndose por enésima vez en su imagen reflejada.

En algún momento perdió la fe en que el telón se alzase alguna vez, pero al mismo tiempo supo que no podía abandonar su sitio, ya que no podía descartarse la posibilidad de que a pesar de todo se alzase, contra todo pronóstico. Hacía tiempo que había desistido de abrigar esperanzas o de irritarse. Sólo podía seguir de pie donde estaba, sucediera lo que sucediera. Ya no le importaba su actuación, que se convirtiese en un éxito o un fracaso o que no tuviese lugar. Y como ya no le importaba nada su baile, olvidó uno tras otro todos los pasos y saltos. De tanto esperar, olvidó incluso por qué esperaba. Pero se quedó de pie con una pierna cruzada sobre la otra, ante sí el pesado paño negro que se perdía hacia arriba y hacia los lados en la oscuridad.

Es una habitación y al mismo tiempo un desierto. Las paredes desnudas se alzan lejanas y brumosas en el horizonte. Alrededor nada más que arena, montículo, interminable en todas las direcciones. Arriba en el cenit cuelga un sol candente, ¿o es una lámpara con una pantalla de esmalte azulado? La deslumbrante luz mata todos los colores, deja sólo superficies blancas y sombras negras: el esqueleto de la luz, cegador, insoportable, mortífero, el maligno brillo de un aparato de soldar cósmico.

La habitación tiene dos puertas gigantescas, colocadas en la incandescencia azul del cielo, una al Norte y otra al Sur sobre el horizonte tembloroso.

De la puerta septentrional, una huella serpenteante de pequeños cráteres de arena conduce hacia el desierto. Allí avanza un hombre pequeño como una hormiga. A cada paso se hunde hasta los tobillos, se tambalea, rema con los brazos.

Es el novio.

Su rostro está quemado por el sol, la piel resquebrajada y llena de ampollas, los labios blancos de saliva seca. Pelo incoloro, pálido, rodea su cabeza revuelto y tieso como si fueses de paja. Sus gafas, que se resbalan constantemente por la nariz sudorosa, las empuja una y otra vez a su sitio con sorda paciencia. En la mano izquierda balancea un viejo sombrero de copa abollado. El chaqué de la boda que lleva puesto quizás le sentaba bien en otros tiempos, pero ahora le está demasiado grande, los faldones le cuelgan hasta los talones. La tela está raída y se deshace por algunas partes. La camisa se ha salido del pantalón, pues éste también está demasiado amplio y tiene que subírselo a cada tres pasos. Un pie va metido en un zapato de charol cuya suela se desprende, el otro pie va envuelto en un pañuelo sucio para protegerle al menos un poco de la arena abrasadora.

Unos veinte metros por delante de este hombre marcha otro, un funcionario quizás: ropa extremadamente correcta, traje oscuro, sombrero oscuro, carpeta en una mano, en la otra un paraguas tersamente enrollado. Su rostro es un poco pálido y no tiene ningún rasgo distintivo, está como borrado.

La distancia entre ambos caminantes aumenta lenta pero constantemente. El novio se apresura, jadea luchando por respirar, se cae, se levanta, sigue su marcha dando tumbos, vuelve a caerse.

-¡Oiga, por favor! -grita, y su voz suena aguda y agotada como la de una vieja-
-¡Espéreme! Quisiera preguntarle una cosa.

El hombre sin rostro ha oído perfectamente la llamada, pero sigue caminando un buen trecho todavía, antes de detenerse y volverse suspirando como si se tratase de los lloriqueos de un niño maleducado que trata por enésima vez de retenerle con algún pretexto. Apoyado con desgana en su paraguas, contempla cómo el novio trepa penosamente la duna sobre la que él se encuentra.

-¡Haga el favor de darse prisa! -dice con frialdad-. ¿Qué quiere ahora?

-Dígame -jadea el novio pensando visiblemente lo que quería preguntar en realidad-, dígame, por favor, ¿queda mucho todavía?

Al hablar se despegan sus labios hinchados con dificultad.

-Nada más que unos pasos -contesta el otro, tan correcto como antes-, hasta aquella puerta.

Al mismo tiempo señala con el paraguas la puerta al sur. Hace ademán de volverse para seguir caminando, pero el novio le sujeta.

-Perdone -logra articular con esfuerzo-, ¿a dónde, en este momento lo he olvidado, a dónde vamos en realidad?

-A reunimos con su novia, señor mío -explica el otro y se nota que ya ha tenido que dar esa respuesta a menudo. Recalca cada sílaba y habla en voz alta como si se dirigiese a un sordo o a un tonto-. Le llevo a la habitación de su novia.

El novio le mira un rato fijamente con la boca abierta, luego se da con la mano en la frente y se ríe precipitadamente, como si quisiera disculparse. Esboza una sonrisa mientras dice:

-Cuando hayamos llegado a su casa todo estará en orden, ¿verdad? ¿No me pondrá peros, sólo porque ya no estoy tan bien vestido? Es todo por ella, supongo que lo comprenderá. Lo que he padecido la convencerá del amor que siento por ella. Me creerá, de eso estoy seguro. Me recibirá con los, brazos abiertos.

-Cuando hayamos llegado a su casa -constata el otro objetivamente.

-Claro, claro -murmura el novio-, será pronto, muy pronto. Por eso he escogido el camino directo desde aquella puerta de allí atrás a esta puerta de ahí delante. El camino directo es el más corto, ¿verdad? Eso lo saben hasta los niños.

-No -dice el otro, inexpresivo-, no en la habitación del mediodía. Se lo dije desde el principio, pero usted no quería creerlo. Cualquier rodeo hubiese sido más corto. Usted ni siquiera me escuchó. Y ahora es demasiado tarde. Ya hemos ido demasiado lejos.

El novio pasa por los labios agrietados una lengua seca como la yesca.

-Entonces podré hacer con ella lo que quiera -susurra-, tendrá que tolerarlo todo sin protestar. Después de todo, es mi novia. Pero yo no lo haré. No le haré nada malo, ¿comprende lo que quiero decir? Ella es muy bella y joven. Completamente inocente, ¿sabe? En todo caso seré cariñoso con ella, delicado y discreto. Que yo haya tomado el camino directo no significa que la quiera coger por sorpresa. Le daré tiempo.

El acompañante guarda silencio y contempla desinteresado el horizonte.

El novio mira un rato fijamente su dedo gordo que sobresale del zapato de charol, luego pregunta de pronto, desconfiado:

-Es bella y joven mi novia, ¿verdad? Quiero decir... lo sigue siendo, ¿no? ¡Por favor, diga su opinión con toda sinceridad!

-Sobre eso no tengo ninguna opinión -responde el hombre sin rostro.

El novio se frota la frente.

-Sí, sí, ya sé. Sólo que... hace ya tanto tiempo de todo. Apenas sé cómo era. A decir verdad, ya no conozco a esa persona. Una muchacha desconocida cualquiera. ¿Cómo se llamaba? Dios mío, llevamos ya tanto tiempo en camino.

-Venimos de aquella puerta -dice la voz fría- y nos dirigimos a aquélla. Eso es todo.

-No lo entiendo -confiesa el novio-, sencillamente no entiendo que esté tan lejos.

-Usted no lo comprende -repite el otro dando media vuelta para irse-, pero su novia está esperando. ¡Venga!

El novio le agarra una vez más de la manga.

-¿Cómo lo sabe? Quizás hace tiempo que no espera ya. O no ha esperado nunca. Podrían haber surgido problemas. Entonces habría asumido en vano toda esta carga. Haría el ridículo.

-Eso -responde la voz seca- ya lo verá cuando pase por esa puerta que tiene delante.

-Esa puerta -susurra el novio- es inalcanzable, siempre queda delante de nosotros, siempre igual de lejos... Eso es un espejismo, no una puerta.

-¡Tonterías! -dice el otro sin sonreír-. Un espejismo aparece y desaparece. Pero esa puerta estaba ahí desde el principio y ha permanecido en su sitio, sin cambiar en absoluto.

El novio asiente.

-Sí, sin cambiar... desde entonces, cuando me puse en camino, cuando aún era joven.

-Así que no es ningún espejismo -responde el acompañante en tono categórico, echando a andar.

Durante largo tiempo los dos hombres caminan uno al lado del otro, pero poco a poco vuelve a producirse entre ellos la distancia que va en aumento. De nuevo

grita el novio y de nuevo el hombre correctamente vestido se detiene al cabo de un rato y le espera apoyado en el paraguas. El novio se deteriora por momentos, su ropa cuelga ahora en andrajos de su cuerpo, también parece haberse vuelto más pequeño y más viejo.

-Entonces -balbucea ahogadamente, haciendo un movimiento incierto en dirección a la puerta septentrional con el sombrero de copa del que sólo queda el ala-, entonces aún estaba fuerte, ¿recuerda? Entonces era yo quien caminaba por delante, no usted, ¿se acuerda?

-A veces -puntualiza el otro-, muy pocas.

El novio sacude tercamente la cabeza.

-No, no. Usted apenas podía dominarme, le costaba trabajo guardar el paso conmigo. Entonces era yo más joven que usted, querido amigo. Mucho más joven y más fuerte. Era un joven imponente.

-Yo -contesta el acompañante- sigo teniendo la misma edad.

El novio se quita con la mano el polvo de la cara arrugada.

-Recuerdo -susurra- que cuando salimos por la puerta estaba sentada en el suelo una mujer viejísima, diminuta, como resecada por el sol. No llevaba sobre el cuerpo más que algunos jirones de telas de araña. Quizás era el resto de su velo de novia. ¡Pobre vieja! Sentí asco de sus pechos lacios que estaban delgados y vacíos como pliegues rugosos. ¡Pero la mirada con que me miró! He tenido que pensar a menudo en ella. Tenía los ojos medio ciegos, hundidos. Y me tendió la mano en la que sujetaba un par de tallos de rosa secos. La mirada me recordaba algo o alguien. Lo he olvidado. Sólo sé que sentí vergüenza por ella, por ser tan vieja y fea. Saqué el clavel rojo del ojal y se lo tiré. Ella lo cogió en el aire y rió con su boca desdentada. Creo que le alegró mi regalo. Sí, entonces yo era realmente un joven imponente y fuerte como un toro. Pensaba, sólo unos pasos y estaré con ella, con mi novia. Tenía prisa. Por eso quería llegar a ella por el camino directo.

-¡Venga, venga! -dice el acompañante, ahora ya casi un poco impaciente.

Pero el novio tiene algo que decir todavía, aunque le cuesta trabajo hablar de manera inteligible.

-¿No cree usted también -dice con un graznido- que sería más prudente esperar a que anocheciese? Al refrescar, sería más fácil proseguir la marcha.

-¡Por favor -responde el hombre sin rostro-, le ruego que se domine! Está usted complicándolo todo. Nos encontramos en el cuarto de mediodía. Los anohecidos están en otra parte. Vea usted mismo, aquí no arrojamos prácticamente ninguna sombra. La luz está en el cenit, inalterada e inalterable.

El novio asiente con tristeza, deja caer los brazos y dice:

-No puedo más. !

El acompañante hurga, indiferente, con su paraguas en la arena.

-Eso ya lo ha dicho cien veces. ¿Tengo que apelar otra vez a su sentido de la responsabilidad? Le están esperando. Su novia cuenta cada minuto. Le desea como sólo una mujer puede desear. ¿Es que eso no significa nada para usted?

-¡Sí, sí! -se apresura a asegurar el novio.

De nuevo caminan ambos un largo trecho, horas o años, bajo la luz resplandeciente.

De pronto el novio se tira al suelo, rodando sobre la espalda, y grita al cielo con labios llenos de costras:

-¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué es tan largo el camino? No llegaré nunca. Nunca, nunca veré ni abrazaré a mi novia. ¿Por qué no pude decirle sencillamente que la deseaba, que quería tenerla, que anhelaba sentir su piel, su cuerpo? -un ataque de tos le sacude y no puede seguir hablando.

El acompañante espera impasible a que se le pase, luego dice:

-Todo eso lo hizo usted. Usted dijo esas cosas y así figuran textualmente en los documentos -con el paraguas golpea ligeramente la carpeta de cuero.

El novio mueve un rato los labios, perplejo.

-Pero ¿por qué -balbucea finalmente-, por qué estoy entonces aquí y no con ella? ¿Por qué voy siempre a su encuentro sin alcanzarla nunca? ¿Por qué? ¿Por qué?

-Porque usted lo quería así a toda costa -dice el otro mirándole desde arriba-. Se le dijo una y otra vez que el camino directo era el más largo. Usted no escuchó siquiera. ¿Me escucha al menos ahora?

-Sí -grazna el novio. Mira fijamente al acompañante durante un largo rato, luego empieza a reírse. Suena como un chillido. El otro espera sin moverse. Finalmente el novio traga secamente y susurra-: ¿Así que me han engañado las matemáticas, simplemente?

-No -dice el acompañante-, allí el cálculo es correcto.

El novio deja caer de nuevo la cabeza en la arena y mira al sol. Los ojos le duelen como si los atravesase un hierro candente, pero no le vienen las lágrimas. Ya no tiene. Deja pasar arena entre sus dedos y murmura:

-De modo que así son las cosas. Me rindo. Abandono. No quiero seguir. Abandono.

-¡Ánimo! -dice el acompañante, pero lo dice sin ninguna simpatía-. Allí está ya la puerta. Sólo quedan unos pasos.

El novio sigue dejando pasar la arena entre sus dedos. El acompañante le levanta en vilo y le sostiene delante de sí con los brazos extendidos, tan ligero se ha vuelto. Sus piernas se bambolean en el aire como las de un muñeco.

-Ya no veo nada -susurra-, ya no tengo ojos.

-¿Y su novia? -pregunta el otro.

-Ya no sé nada. No entiendo nada. No quiero nada. No tengo novia. Nunca la tuve. Nunca deseé. Nunca amé. Nunca existí. Déjeme en paz, por favor.

Pero el acompañante no cede.

-No tiene usted derecho a renunciar a su existencia. Sólo piensa en sí mismo. Pero ha asumido responsabilidades. Como hombre de carácter, no puede deshacerse de ellas sin más.

-Carácter... -susurra el novio, bamboleando aún las piernas-; me pregunto por qué no se encarga usted de mi tarea. La señorita se alegrará. Usted es aún joven, en todo caso más joven que yo.

El acompañante le suelta. Cae a la arena como un montón de harapos. Con los ojos guiñados trata de ver al hombre sin rostro que se alza sobre él.

-Nuestras obligaciones -oye decir a la voz concisa- no son las mismas.

El novio juega con la arena.

-Obligaciones... -susurra con una risita-, obligaciones...

Ahora el otro casi se enfada por primera vez.

-Realmente se pone usted como si se tratase de su vida.

-Y así es -contesta el novio, asintiendo apenado-, se trata de mi vida, retroactivamente, ¿comprende? Soy un hombre viejo, pero no he tenido vida. Me han anulado todo. Alguien me ha escamoteado la vida, no sé quién. Y ahora ya no la quiero. No quiero haber tenido nunca una vida. Contra eso no puede usted hacer nada.

-Sí -dice el otro-, yo le llevaré los últimos pasos.

El novio lanza una risita.

-Los últimos pasos..., ¡no podrá!

-¡Permítame! -dice el otro y sin esperar una contestación coge al novio en brazos. Este coloca un delgado bracito alrededor del hombro del acompañante y apoya su vacilante cabecita de anciano en su cuello. Así recorren un largo trecho del camino.

Aunque el novio no pesa ya apenas, por fin se le duerme el brazo a su portador y le deja deslizarse al suelo.

-Los últimos pasos... -se burla triunfante el novio-, ¡lo ve, lo ve!

El hombre sin rostro no contesta. Engancha el puño de su paraguas en el cuello del chaqué, o más bien en lo que queda de él, y arrastra al novio detrás de sí por la arena.

De nuevo transcurre un tiempo interminable.

El novio se da cuenta de que el otro le ha soltado y trata de liberarse del montón de harapos.

-Hemos llegado -oye decir a la voz indiferente-, ya le había dicho que sólo eran unos pasos.

El novio se sienta con un último esfuerzo y abre los ojos. La luz penetra en él como metal hirviendo y lanza un grito que ni siquiera percibe él mismo.

Ante su mirada apagada, oscila la puerta. Se abre. La vista que se le ofrece es un grado más oscura que el azul brumoso del cielo que le rodea. En ese marco se encuentra una muchacha alta, de piernas largas, vestida sólo con un velo vaporoso de novia que cae de su cabeza y envuelve su cuerpo, transparente como una delicada niebla. Su rostro está casi oculto por esa niebla, pero con tanta mayor claridad se ven sus largos y finos miembros, sus muslos, sus pequeños pechos, su vientre plano y la sombra nocturna de su regazo. En la mano lleva un ramo de rosas.

-Por fin -exclama ella-, ¡estoy casi muerta de deseo! ¿Dónde está? ¿Dónde está?

El acompañante se vuelve hacia el novio, pero éste alza con gran esfuerzo una mano y coloca suplicante un dedito huesudo delante de su boca hundida y desdentada.

El acompañante se encoge imperceptiblemente de hombros y se dirige a la novia.

-Su novio la espera detrás de la puerta septentrional. Si quiere, la conduzco hasta él por el camino directo.

-Vamos -exclama ella-, vamos de prisa, sólo unos pasos y estaré junto a él.

Ella quiere echar a correr, pero se detiene porque el novio le tiende la mano. Desconcertada, le contempla un instante, luego le tira una rosa del ramo que lleva en la mano.

El novio alza su mirada hacia el acompañante, que ha contemplado la escena cruzado de brazos y que ahora dice en voz baja:

-Al menos os habéis encontrado. Lo habéis hecho ya a menudo y lo haréis una y otra vez. Eso no pueden decirlo todos.

Luego sigue a la muchacha, que se adentra en el desierto a grandes pasos hacia la otra puerta que se alza gigantesca en el horizonte septentrional. Las dos figuras se vuelven cada vez más pequeñas entre los montículos de arena y al final sólo queda una huella serpenteante de minúsculos cráteres de arena.

El novio les sigue con ojos lechosos mientras sus dedos acarician la rosa.

-¡Qué bella es -susurra-, Dios mío, qué bella es!

Y mientras cae hacia atrás en la arena murmurando aún:

-¿Me encontrará allí, detrás de la otra puerta?

Este señor se compone sólo de letras. De muchísimas letras, se entiende, de un número astronómico de letras, pero al fin y al cabo sólo de letras.

Aquí está su amiga. Es, como se ve, de carne y hueso. ¡Y de qué carne! Da gusto verla, ¡y no digamos tocarla!

Los dos van ahora juntos a la feria. En la góndola y la noria todo va bien todavía. Pero luego llegan a una caseta de tiro al blanco; un tiro al blanco un poco extraño, ésa es la verdad.

¡Pruébate a ti mismo!, puede leerse en grandes letras en la parte de arriba. Y más abajo figuran las reglas. Sólo son tres:

1. Cada tiro es un blanco garantizado.
2. Por cada blanco, un tiro gratis.
3. El primer tiro es gratuito.

El señor que rodea con el brazo la cintura de su amiga estudia atentamente el letrero. Quiere seguir su camino rápidamente, pero ella insiste en que haga uso de la ventajosa oferta. Quiere ver de lo que es capaz.

Pero el señor no quiere.

-¿Pero por qué no, cariño? ¿Qué tiene de malo?

Tiene de malo que hay que disparar sobre un blanco bastante insólito, sobre uno mismo, es decir, sobre la propia imagen reflejada en un espejo de metal. Y el señor de letras no se siente en absoluto lo bastante real para distinguir de una manera tan arriesgada entre sí y su imagen reflejada.

-¡O disparas -dice la amiga, por fin, furiosa-, o te dejo!

El sacude la cabeza. Entonces ella se va con otro, un carnicero que entiende de carnes y huesos.

El señor se queda solo y la sigue con la mirada. Cuando desaparece de su vida en el gentío, él se deshace lentamente en un pequeño montón de diminutas minúsculas y mayúsculas que la multitud pisotea al pasar.

La verdad es que para eso podría haber disparado, ¿verdad?

El palacio-burdel de la montaña resplandecía esa noche con un brillo frío. Miles de serpentina luminosa palpitaban y guirnaldas de lamparitas lo iluminaban como un hipódromo y arrojaban su resplandor hasta las lóbregas callejas y miserios patios traseros de la ciudad de las putas que normalmente solían estar en la oscuridad, pues allí abajo no había luz propia. En los rincones sucios, en los portales, en las puertas de la calle y en los huecos de las ventanas se agolpaban innumerables rostros fantasmagóricos en el resplandor, rostros diminutos y gigantescos, hinchados y demacrados que elevaban sus miradas hacia las torres en forma de morillas, las cúpulas dobles, las murallas tripudas de la gigantesca construcción.

Sólo algunos vieron el caballo blanco de larga crin que suntuosamente embridado y ensillado trotaba por las calles hacia el palacio. Se movía despacio y cansado, como si sus cascos fuesen de plomo. Su cabeza colgaba pesadamente. En la silla montaba, inclinado hacia delante, un mendigo cojo con la ropa hecha jirones y una corona de papel sobre la cabeza. Su rostro estaba asolado por la pena.

-Nuestra reina va a celebrar su boda -sururraban algunos- y éste es el novio.

-Pero si ya tiene un esposo -replicaban otros.

-Eso no tiene por qué preocuparle -opinaban algunos-, al fin y al cabo es la reina de las putas.

Y unos cuantos se atrevieron a preguntar incluso:

-¿Quién ha visto jamás a su marido? Quizás no existe siquiera.

Pero se les mandó callar rápidamente. No era bueno hablar así, pues la reina se enteraba de todo y no toleraba bromas. Cuando el jinete llegó ante el portal brillante de níquel en forma de gran vulva del palacio, el caballo blanco se detuvo solo.

Nadie salió a recibir al visitante, no se oía ni un ruido, el edificio iluminado parecía desierto. El mendigo se dejó deslizar de la silla, tomó dos toscas muletas de madera que colgaban del pomo y subió cojeando los peldaños con ellas.

En el interior del edificio todo era de un material negro grafito, de brillo metálico, pero las formas podían ser tanto de origen técnico como orgánico. Había paredes y techos que estaban ondulados como un paladar y por el suelo discurrían manojos de nudosas venas. Había gigantescos pistones que se deslizaban despacio dentro de tubos o aberturas, y otros pequeños que realizaban el mismo movimiento a una velocidad vertiginosa. Al mismo tiempo se oía un resoplar y un gemido sordo, a veces también gritos y chirridos agudos. Por gruesas barras relucientes de grasa subían y bajaban abrazaderas que eran movidas por brazos prensiles articulados o aparatos como bombas hundían poderosos pilotes en pozos profundos. El aire estaba cargado de olor a metal caliente.

En otras salas había toberas tripudas que de manera intermitente inyectaban líquidos viscosos en ranuras o aberturas ovales de la pared que después se cerraban

palpitantes. Especiales dificultades causó al hombre de las muletas un largo pasillo en forma de tubo cuyas paredes y suelo eran resbaladizos y se encontraban en un constante movimiento peristáltico. Finalmente se perdió en un bosque de nudosas columnas que constantemente se hinchaban, erguían y volvían a encoger. Ya no sabía a dónde debía dirigirse.

De pronto apareció ante él una figura gris, encorvada, un hombre viejo que le escudriñaba con ojos pequeños y preguntó con voz ronca:

-¿Eres tú el que fue llamado?

El mendigo asintió.

-¡Ven! -dijo el viejo, precediéndole.

Tras una larga caminata llegaron a una gigantesca sala circular vacía y oscura en cuyo centro, iluminado con focos deslumbrantes, se encontraba a la altura del pecho un podio similar a un ring de boxeo que también era redondo. En el centro había un reluciente sillón de operaciones niquelado y sobre él estaba tumbada la reina de las putas.

Nadie había visto jamás su rostro, pues estaba tapado con una máscara de acero. Su cabeza estaba pelada y su cuerpo desnudo también estaba desprovisto de vello. Sus miembros lisos como el marfil, su tronco, sus pechos, eran de una belleza intachable, sin embargo su desnudez resultaba clínica como la de un cuerpo en la sala de anatomía.

El pequeño hombre gris tosió ligeramente cuando estuvieron delante del podio.

Ella levantó la cabeza, los párpados de acero se abrieron y observó al mendigo con ojos de color de jade.

-¡Acércate -dijo, perezosa-, sube aquí conmigo!

Su voz sonaba suave y dulce e inexplicablemente artificial. El pequeño hombre gris quiso ayudar a subir al mendigo, pero éste lo rechazó con un movimiento de la mano y se quedó en el sitio sin moverse.

-¡Todavía desconfías de mí! -ella se puso de pie y se dirigió al borde del podio. Se encontraba directamente delante del mendigo y lo miraba por encima de sus pechos. El olor a metal caliente que exhalaba, aturdía.

-¿Quién ha dejado pudrirse a tu querida mujer en la cárcel? -preguntó dulcemente.

-Tú, reina.

-¿Quién ha pervertido a tus hijos y los ha azuzado contra ti?

-Tú, reina.

-¿Cómo perdiste tu pierna? -prosiguió casi cariñosa- ¿Quién te ha convertido en un mendigo? ¿Quién te ha quitado todo y cubierto de oprobio y basura?

-Todo tú, reina.

Ella asintió con la cabeza y rió suavemente.

-Y a pesar de todo sigues desconfiando de mí.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos...

-Yo he creado tu reino -dijo despacio-, yo te he defendido de tus enemigos. ¿Lo recuerdas?

El pequeño hombre gris tosió. Con un movimiento autoritario de la cabeza le ordenó que se alejase. Él obedeció y desapareció silenciosamente en la oscuridad de la sala.

-No me acuerdo -dijo ella entonces-, pero es posible que fuese así. En todo caso no has hecho nada más que cumplir con tu deber hacia tu reina.

El mendigo sacudió la cabeza.

-Lo hice porque había prestado un juramento. De eso hace mucho tiempo. Entonces todavía éramos jóvenes los dos.

-No eres muy amable -objetó ella, burlona.

-Entonces -prosiguió él- creía aún en ti.

-¿Y ahora ya no crees en mí?

-No.

-¿Por qué no quebraste entonces tu juramento?

-Sobre un juramento no se puede regatear. Es asunto de Dios lo que resulta.

-Se puede regatear todo -dijo ella-, todo es comprable y vendible. Todo. Eso también es aplicable a Dios. También Él tiene sus precios, ¿verdad? Y no son precisamente modestos.

Durante un rato permanecieron callados, entonces él preguntó:

-¿Por qué llevas la máscara de acero? ¡Muéstrame tu rostro!

Ella se rió como si le hubiese hecho una proposición lasciva.

-Acaso no sabes que yo también tengo pudor, aunque sea opuesto al tuyo.

Ella bajó de un salto del podio y se colocó justo delante de él. Como él apartó la cabeza, ella le alzó la barbilla con su dedo índice y le obligó a seguir mirándola a los ojos.

-Me dicen que ayer mendigaste en la escalinata de la iglesia de Nuestra Señora. ¿Es eso cierto?

-Es cierto, reina.

-He oído que te dieron muchas limosnas. A montones, ¿es cierto? Toda la ciudad vino corriendo, ricos y pobres, para obsequiarte.

Él asintió.

-¿Cuánto recibiste?

-Mucho -dijo él-, al atardecer eran cinco sacos llenos.

-¿Oro y joyas?

-También.

La reina le volvió de pronto la espalda y dijo casi imperceptiblemente:

-Te quieren, ¿verdad?

Él permaneció callado.

-¿Por qué te quieren? ¡Explícamelo!

-No lo sé.

-Pero yo sí lo sé -dijo ella de pronto con dureza.

-Guardarás silencio, reina, por generosidad.

-Generosidad... -repitió ella asombrada.

Caminó despacio alrededor de él y se colocó a su espalda.

-Piensas -le susurró al oído- que debo dejarte al menos esa ilusión. Temes que sacrifique tu última palomita. Mi lengua es el cuchillo y ahora le corto la cabeza: lo hicieron por orden mía.

Ella le abrazó por detrás y apretó su cuerpo desnudo contra el suyo.

-No, no -dijo ella en voz baja-, no es verdad. He mentado. No temas, no te haré nada. Estoy cansada. Estoy sedienta. Estoy enferma. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame aún esta vez, lo juraste!

-A ti no puede ayudarte nadie, reina. Ni siquiera tú misma.

De pronto se deslizó lentamente al suelo, abrazó su pierna y cubrió su pie y hasta las muletas con los besos de su boca de acero. Al mismo tiempo sollozaba:

-¡Tú podrías! Tú, tú sólo puedes ayudarme. ¡Dame algo de esas limosnas! ¡Compártelas conmigo! ¡Sé caritativo! Tengo tanto frío. Estoy tan sola.

Él la miró desde arriba, quiso tocar la piel marfileña de su cabeza desnuda, pero retiró la mano.

-¡No seas cruel! Me amaste una vez -gritó ella casi-, te lo ruego de rodillas. Mírame, nunca había implorado a un ser humano, pero ahora te imploro a ti: dame el más pequeño, el menos valioso de todos los regalos que has recibido. ¡Déjame compartir una sola vez algo que fue dado desinteresadamente!

Durante un rato sólo pudieron escucharse sus sollozos convulsivos, luego él dijo, tranquilo:

-Te has apoderado de demasiadas cosas, reina, como para que ahora puedas recibir. Pero no puedes quitarme ya nada, ni yo puedo darte nada, pues lo he regalado todo.

Ella se levantó de un salto y retrocedió un paso.

-¿A quién?

El mendigo sonrió y su rostro desolado parecía casi joven.

-A los pobres. ¿A quién si no?

Ella se apartó despacio y se sentó en el suelo de espaldas al podio. Él la observó. Ella se acurrucó como si tuviese frío y balanceó un rato su tronco hacia delante y hacia atrás.

-¡Los pobres -dijo ella amargamente-, siempre esos suplentes del amor al prójimo! ¿Puedes explicarme qué han hecho para merecer ese privilegio divino? ¿Por qué son favorecidos de esa manera en el cielo y en la tierra? ¡Qué fácil es eso para vosotros, para ti, para Dios, para todos los que son como vosotros! ¡Como si no hubiese ninguna miseria mayor que la pobreza! ¿Qué se comprarán tus pobres? Se llenarán durante unos días las tripas o se emborracharán en la taberna más próxima y derrocharán lo que les quede con mis putas. Y después todo será como si nunca hubiesen recibido nada. ¿No sabes que la pobreza es incurable?

-Sí -contestó él-, como la falta de una pierna.

Como ella no contestó nada, preguntó:

-¿Qué hubieras hecho tú con las limosnas?

-¡Ah, yo! -dijo ella y su voz sonó furiosa-, ¡yo sólo soy una reina! ¿Sabes lo que hubiese hecho? Hubiese llevado tus limosnas sobre mi cuerpo, me hubiese calentado con ellas, hubiesen brillado en mi oscuridad.

-¡Pobre reina! -dijo él.

Ella le miró, pero su rostro era tan impenetrable como su máscara de acero. Se puso de pie.

-La frialdad no está dentro de mí -exclamó vuelta hacia la oscura sala-, soy una estrella de lava incandescente. Pero el universo alrededor de mí está vacío y frío. Y en mi abrazo todo se convierte en ceniza.

El eco devolvió sus palabras y las repitió cada vez más lejos. El mendigo esperó hasta que se hizo el silencio, luego dijo en voz baja:

-Dos cosas he conservado. Puedes escoger una.

Ella se acercó vacilante. De nuevo le envolvió el olor a metal caliente.

-¡Déjame ver! -surruró ella.

-Toma, mi platillo de madera para pedir limosna -lo extrajo de su chaqueta andrajosa-, lo había perdido hacía mucho tiempo. Ahora me lo han devuelto.

Se lo ofreció con el brazo extendido. El platillo estaba desgastado por el uso. En su borde había unas palabras apenas legibles grabadas al fuego. La reina descifró: paciencia y humildad. Sacudió la cabeza.

-No es para mí. Te pertenece a ti. ¿La otra cosa?

El mendigo volvió a guardar cuidadosamente el platillo y sacó del cuello de su camisa una cadenita de la que colgaba un medallón de oro. Tenía la forma de una custodia pequeña en cuyo centro se encontraba una perla de cristal de forma irregular. Una gota de un líquido oscuro temblaba en su interior.

-No sé lo que es -dijo el mendigo-, pero quizás sea bienhechora.

Con un movimiento brusco la reina le arrancó la cadenita del cuello, después permaneció mucho tiempo sin moverse mirando fijamente la perla.

-Por fin llega la respuesta -susurró ella. Empezó a reírse cada vez con más violencia, hasta estremecerse como una posesa, riéndose a carcajadas y gritando. De repente cortó, sus risas y trepó al podio.

El mendigo la miraba desde abajo.

-¿Por qué se ríe la reina?

-¡Me río de una broma de Dios! Es un bromista formidable, ¿lo sabías? Esta perla me la regaló una vez el diablo cuando aún creía en él. Entonces era una niña. Traté de deshacerme de ella hace mucho tiempo. La arrojé a un volcán hirviente. Ahora vuelve a mí, como vuelve a ti tu platillo.

-¿Y qué es?

Ella se sentó en su trono-máquina y se desperezó lujuriosamente.

-No es ninguna bendición, mi pobre amigo. En todo caso, no como tú lo entiendes. En esta pequeña envoltura de cristal hay algo que no pertenece a este mundo y que por eso puede destruirlo. Esta minúscula gotita basta para extinguir la vida de toda la tierra. Es tan frágil la creación que basta romper esta perla.

Ella balanceó el medallón en la cadenita, contemplándolo con ojos ardientes.

-Despoja a la tierra de su fertilidad. Ningún vientre dará a luz y toda semilla morirá. Y cuando todo se haya vuelto estéril desaparecerá la especie humana. Quizás exista un último hombre, quizás se haga muy viejo, quizá sea el que por fin descubra el secreto de la inmortalidad terrenal. Estará solo y llamará a la muerte, que ya no vendrá. Y escribirá el último capítulo en el libro de la Humanidad, que dirá: al final el hombre destruyó el cielo y la tierra. Y la tierra estaba desierta y vacía y reinaba la oscuridad en la profundidad. Y el último hombre gritó: ¡Hágase la luz! Pero siguió la oscuridad. Así un atardecer sin mañana se convirtió en la última noche.

La reina hizo girar el medallón colgado de la cadenita alrededor de su dedo. Durante un rato reinó el silencio, luego dijo:

-En todo caso, te doy las gracias por tu regalo.

El mendigo cayó al suelo y quedó como muerto. Ella lo contempló. La deslumbrante luz de los focos refulgía sobre su máscara de acero.

-¿Lo harás? -preguntó él, castañeteando los dientes.

-Puesto que lo tengo -contestó ella-, lo haré.

-¿Cuándo?

-Cuando llegue el momento.

-¿Puede algo impedírtelo?

Ella dejó de jugar con la cadenita y reflexionó un momento.

-¿Me amas? -preguntó entonces.

-No puedo, nadie puede amarte.

Ella acarició cariñosamente su cuerpo de marfil.

-¿Y Dios?

-Dios tampoco. Si no no serías lo que eres.

La reina soltó una pequeña risa burlona.

-¿Acaso es también un amante tan malo para desistir tan deprisa?

El mendigo se quitó de un manotazo la corona de papel y la estrujó con la mano.

-¡Blasfemas contra Dios!

-¿No será -contestó ella- que Dios blasfema contra mí?

El mendigo trató penosamente de incorporarse. Varias veces se escurrieron sus muletas y volvió a caerse al suelo. Cuando por fin estuvo de pie dijo:

-Te ruego que me dejes marchar, reina.

-Todavía no -contestó ella suavemente-. Todavía quisiera saber algo de ti. Tú eres el único que te has resistido a mí, también ahora. Tú no has desaparecido, has seguido siendo realidad. No te has matado. ¿Cómo pudiste hacerlo?

Él no supo qué responder. Por fin dijo:

-Dios me ayudó.

-Sí, sí -dijo ella un poco importante-, ya sé que eres piadoso. Sé que sufres. Y sé que yo soy incapaz de sufrir. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad? Por eso quisiera confiarte ahora mi secreto, a ti solo. Tendrás que llevarlo contigo a partir de ahora. Y yo me habré librado así de él. ¿Tiemblas?

-¡Eres aterradora, reina!

-No más aterradora que Dios -contestó ella-. Pero ahora os echaré a Él y a ti, que te confundes tan tenazmente con Él. Echaré esta ciudad y este reino de mi lecho, donde se han carbonizado. Me dedicaré a un concubino mejor, a uno mas experto, a uno que esté a la altura de mis desafíos. Abrazaré la nada y la atraeré a mi seno, y no me defraudará porque es infinita. Vosotros podéis olvidarme porque yo os olvido. Escucha, la pasada noche soñé con Él. Sí, soñé que Dios y el diablo luchaban por mí. Era un espectáculo digno de verse, créeme. Lucharon toda la noche y yo les contemplaba desde mi palco. Me interesaba saber de verdad quién vencería. ¿Quién crees que prevaleció, cuando por fin amaneció? ¿No dices nada? ¡Te vas volviendo sabio, mi pobre amigo! Yo te lo diré: Dios, naturalmente.

El mendigo asintió. La reina también asintió.

-Dios fue el vencedor. Eso era previsible, ¿verdad? -hizo una pausa. Luego concluyó:- Sólo que entonces ya no sabía quién de los dos había sido Dios al principio. Uno era sólo la imagen reflejada del otro. Pero he olvidado quién.

Como el mendigo no contestó, ella dijo:

-Ahora puedes irte.

Cuando se quedó sola, permaneció largo tiempo sentada sin moverse y sólo alzó la mirada cuando el pequeño hombre encorvado del traje gris se presentó ante ella y tosió suavemente.

-¡Apaga las luces! -ordenó ella-. ¡Todas!

Y al cabo de un breve instante de reflexión añadió:

-Para siempre.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó él con voz ronca.

Ella respondió:

-Esperar.

El viejo gris se quedó quieto y la miró.

-¿A qué?

Ella no contestó. Entonces él se marchó.

Una tras otra se extinguieron las lámparas del palacio-burdel, hasta que desapareció en la oscuridad con toda la ciudad de putas.

El trotamundos decidió concluir su caminata por las callejuelas de aquella ciudad de puerto. Y con ello puso fin a su viaje por los barrios bajos y palacios de todas las demás ciudades, por los pueblos, campamentos y ermitas, por todos los desiertos y selvas de la tierra. Se sentó en los sucios escalones de piedras que conducían a la puerta de una casa estrecha y alta -un burdel chino, a juzgar por el farolillo que había encima de la puerta-, cruzó las manos sobre el puño de su bastón, apoyó la barbilla encima y miró fijamente, sin ver nada, los automóviles y tranvías que pasaban haciendo un ruido estruendoso. De un segundo a otro había perdido toda la curiosidad, todas las ganas de continuar su gran viaje. No se prometía ya lo más mínimo de ello.

Había visto todas las maravillas y misterios del mundo. Conocía la columna flotante de adularia del templo de Tiamat y las torres de cristal de Manhattan; había bebido del geiser de sangre de la Isla de Hod y hablado sobre la naturaleza del destino con el caballero ciego de la biblioteca de Buenos Aires; había llevado en el dedo el anillo de la reina Mrabatan, que confiere poder sobre la memoria de la Humanidad, y había caminado por las calles en llamas de la ciudad de Eldis, cuya entrada jamás había sido permitida a ningún extranjero; le habían llevado en su litera de acero por las naves de maquinaria de Detroit y había logrado pasar la noche en el laberinto de la Cloaca Máxima de Roma sin perder la razón ante las apariciones del pasado y del futuro que libran allí todas las noches sus espectrales batallas. Había visto una infinidad de cosas, pero todos aquellos misterios no le importaban. El suyo no había estado entre ellos. Y como no lo había encontrado, todos los demás permanecieron mudos.

Si no hubiese empezado nunca ese viaje, al menos le habría quedado el sueño de que en algún lugar del mundo existía la señal que estaba dirigida a él, que le hablaba en un idioma que sólo él comprendía, que era la clave del enigma de su propia existencia. Pero ahora tenía que admitir que no existía nada semejante. Si era verdad que esta tierra sólo reflejaba las infinitas fuerzas y formas del universo como una esfera de plata pulida, entonces era un error creer que la patria del hombre era el universo, ya que no había nada que uniese su naturaleza con éste. Pero si desde un principio y para siempre era un extraño en él, entonces el universo era muy pequeño, ¡demasiado pequeño!

El viajero se asustó un poco y miró hacia atrás porque una muchacha asiática de piel oscura, que llevaba un sencillo vestido azul gris, le preguntó en voz baja y humilde si le permitía pedir al distinguido caballero que aceptase los deficientes servicios de su indigna persona. Al mismo tiempo señaló con un gesto obsequioso a un pequeño vehículo plano que ella había empujado a través de la puerta de la casa hasta cerca del borde superior de los peldaños de piedra. El viajero estaba un poco apurado, también enojado por el susto que le había dado la muchacha y explicó, brusco, que no era su intención visitar un prostíbulo.

La muchacha, muy pequeña y de delicadeza infantil, le miró fijamente con ojos de luna nueva, pero no pareció comprender, se inclinó profundamente y permaneció así mientras seguía señalando con gesto tímido y obsequioso los cómodos cojines bellamente bordados de su cochecito. El viajero, que lamentaba ya haber ofendido tal vez a la muchacha, tomó asiento en el vehículo y se dejó empujar al interior de la casa.

Primero se movieron por una nave alargada cuyos suelos, techos y paredes estaban revestidos con una piedra pulida de vetas multicolores. Las piezas elegidas parecían escogidas cuidadosamente según un carácter común, pues las finas vetas invitaban por todas partes a la imaginación del contemplador a ver en las formas casuales rostros y caras grotescas, ornamentos vegetales, dioses y demonios, animales zancudos, bailarinas en llamas, jinetes sobre insectos en larga procesión, paisajes enteros de cuerpos, mares agitados llenos de barcos y monstruos, palacios de flores de escarcha y ciudades en ruina invadidas por musgos gigantes. Pero la atención del viajero seguía paralizada aún por aquella profunda desgana. Todavía no veía nada.

En las siguientes salas, sin embargo, su mente cerrada en sí misma fue despertándose poco a poco e indeciso y todavía incrédulo empezó a descifrar el alfabeto de los signos que él creaba y al mismo tiempo no creaba. Las formas hasta entonces planas adquirieron progresivamente un carácter plástico y espacial. Por todas partes había extravagantes formas rocosas, estalactitas y estalagmitas, raíces, troncos de árboles, lava solidificada y trozos informes de metal fundido que las fuerzas fortuitas de la naturaleza habían convertido, con perfección cada vez mayor, en las formas más sorprendentes y al mismo tiempo más convincentes. Costaba creer que todas aquellas cosas pudiesen ser sólo el fruto de los juegos arbitrarios del azar, sin embargo, no era ninguna otra fuerza, sino la que actuaba en el propio contemplador, la que de aquellas formas casuales creaba las obras de arte más sorprendentes. Más y más se le borraron al viajero las fronteras entre su interior y el exterior, entre lo que creaba y lo que había realmente delante de sus ojos, hasta que finalmente no pudo distinguir lo uno de lo otro y vivió su propio espíritu como algo externo y los objetos como su interior. De pronto tuvo la sensación de verse a sí mismo, su propia figura sentada allí en el cochecito, por dentro y por fuera al mismo tiempo, como si ella tampoco fuese otra cosa que una forma surgida casualmente, en la que su espíritu creador veía un ser. Pero precisamente de esta manera aquel ser se volvía realidad. Aquello le asustó, pero fue un susto placentero.

A partir de ese momento, cuando por fin empezó a ver, no hubiese podido decir si lo que veía dependía aún de lo que tenía delante. Le pareció más bien que de una sala a otra los objetos externos se volvían más sencillos y generales, pero ahora que la fuerza secreta había desplegado sus alas, se elevaba más y más transformando el aspecto de todas las cosas. De una hoja marchita, de un huevo blanco, de una pluma de ave salían mundos a su encuentro. Y él estaba profundamente unido a todos ellos, era su creador y su criatura al mismo tiempo. Comprendió que ahora que abandonaba del todo lo que había llamado hasta entonces realidad, empezaba a acercarse a la realidad.

Cuando su silenciosa acompañante le llevó ante una pared de un azul lapislázuli oscuro, casi negro, tuvo la siguiente visión: a través de innumerables cortes de diverso tamaño que había en aquella pared vio espacialmente el mismo número de distintos paisajes en miniatura de indescriptible gracia y delicadeza. Allí había montañas, lagos y cascadas como sedosas bandas azules, cuyos saltos y espumas veía en movimiento. Las diminutas cascadas caían y corrían sobre rocas, a la misma escala, es decir, muy despacio. También parecía cambiar la iluminación de las escenas. Luz lunar que las nubes que pasaban oscurecían y aclaraban,

amaneceres y atardeceres violetas. Y donde la luz del sol caía sobre la neblina del agua pulverizada, aparecían los juegos del arco iris.

Por fin el viajero se dio cuenta de que oía incluso el fragor y el estrépito de los saltos de agua, aunque muy delicada y lejanamente. Cuanto más intensamente escuchaba ese sonido, con mayor claridad percibía una especie de música dulce y cristalina.

-¿Qué es esto? -preguntó asustándose de nuevo un poco, esta vez de su propia voz, que le había sonado alta y burda.

La muchacha sonrió y respondió dulcemente:

-Lo que percibe el distinguido señor son los delicados brotes de su propia existencia futura.

El viajero no comprendió esa respuesta, pero no sintió la necesidad de seguir preguntando, sino que se abandonó de nuevo a los sonidos etéreos. De una manera completamente nueva para él su corazón se llenó de una ternura casi dolorosa, incluso de voluptuosidad.

- Así que -murmuró- ¿sólo yo puedo oír esta música?

- Excepto tú, señor, y yo, ningún mortal -contestó la muchacha con los labios muy cerca de su oído.

Él la miró.

-¿Cómo que tú también?

- Yo -dijo la muchacha tan quedo que apenas pudo oírla, y bajó la mirada- no soy nadie.

Mucho más tarde se detuvieron delante de una pared amarilla clara, casi blanca, sobre la que se encontraban cuatro discos, tres de ellos en fila, juntos, el cuarto un poco más alto.

El primero de estos discos transmitía al contemplador la impresión de mirar desde arriba verticalmente sobre una superficie de agua movida. Ininterrumpidamente pasaban como líneas blancas irregulares crestas de olas plateadas. Éstas eran atravesadas en oblicuo por una anguila negra que parecía avanzar culebreando y que, sin embargo, permanecía siempre en el centro de la imagen. El viajero contempló asombrado el espectáculo siempre cambiante y, sin embargo, siempre igual. Quiso volverse hacia el siguiente disco, pero entonces sonó del primero una voz susurrante no verdaderamente humana, sino como si del fragor de las olas se formasen algo así como palabras:

- A mí me creó el mar.

Este mensaje inesperado volvió a sobresaltar de nuevo al viajero. Sintió que algo en su fondo había comprendido su sentido, sin embargo, no logró alcanzar consciencia de esa comprensión. Se volvió con cara interrogante a su acompañante, pero ésta sólo inclinó sonriente la cabeza. Intuyó que no obtendría respuesta a una pregunta directa, por eso permaneció también en silencio y centró su atención en el segundo disco, que estaba colgado junto al primero.

Primero distinguió sobre él algo así como una cumbre nevada que desaparecía hacia abajo en una neblina cada vez más densa. Sólo tras una larga contemplación descubrió que la montaña era más bien una cabeza humana vuelta hacia él, pero con el rostro ligeramente inclinado hacia abajo. La parte superior de la cabeza era extraordinariamente alta y de ella caía por ambos lados pelo blanco como la nieve. Sin embargo, el rostro en sí parecía el de un niño, aunque no se distinguía si era de un niño o de una niña. La calma que emanaba ese rostro era tan profunda que el contemplador ni siquiera quiso interrumpirla parpadeando. Así permaneció inmóvil, hasta que oyó casi sin voz las palabras:

-Yo soy niño-anciano.

Otra vez a la derecha y a la misma altura colgaba el tercer disco. Cuando el viajero se volvió hacia él, le pareció como si contemplase a través de una pared vertical de cristal un paisaje submarino dorado-crepuscular con plantas ondulantes. En un primer plano vio la cabeza de un castor que avanzaba del lado inferior izquierdo al lado superior derecho expulsando de cuando en cuando perlas de aire por los orificios de su hocico como si estuviese a punto de emerger. Después de contemplar absorto esta escena durante mucho tiempo, el viajero percibió del ancestral crepúsculo dorado las palabras:

-Yo crearé el lago.

Durante el tiempo que había pasado ya en aquella casa, al parecer infinitamente grande, el viajero había sufrido una transformación que sólo empezaba a notar ahora. Lo que había experimentado varias veces ya y experimentaba también ahora ante aquellos discos-imágenes como una especie de susto delicado, se había convertido mientras tanto en un estado permanente de ligero ensimismamiento. Esta sensación era completamente nueva e insólita para él, y sin embargo no dudó en entregarse a ella sin reservas, pues sintió que algo en su interior se ajustaba y equilibraba suavemente.

El cuarto disco estaba colgado a la derecha, pero un diámetro entero por encima de los demás. Su borde tampoco era redondo, sino ondulado desigualmente y con un movimiento irregular como una piedra lavada. Sobre la superficie misma no se veía nada, estaba vacía.

El viajero la contempló con la misma atención que había dedicado a las tres anteriores, pero lo único que pudo percibir al cabo de un rato fue un cambio quieto indefinible, como si se elevase y desplomase humo. Al mismo tiempo le sobrevino una cierta ansiedad, pues sintió que precisamente aquella fuerza recién despertada dentro de él era absorbida por el vacío de esa imagen que la arrastraba a una especie de abismo sin fondo, sin causar nada. No obstante, resistió y esperó

paciente a que también ese disco le hablase, pero en vano. Finalmente cogió la mano de la muchacha como si quisiese sujetarla y susurró:

-¿Por qué permanece en silencio?

-Ya ha hablado -contestó ella.

-¿Por qué no lo he oído?

-Sí que lo has oído, señor. Pero sólo lo encontrarás en tu recuerdo.

-¡Pero deseo oírlo ahora!

-Señor -dijo la muchacha en voz muy baja-, ¿cómo podría suceder eso mientras lo deseas? No desear nada significa no haber diferencias. No haber diferencias significa mirar lo invisible y oír lo callado. ¿Por qué quieres hacerme desgraciada?

El viajero se avergonzó entonces sin saber bien por qué.

-Sabes mucho -dijo él-. ¿De dónde?

La muchacha sonrió.

-Porque inmerecidamente se me considera la indigna propietaria de esta colección de cosas poseíbles.

El viajero permaneció callado y la miró largo tiempo de soslayo. Ella dejó que la mirase o no se dio cuenta, pues mantenía los ojos bajados. El admiró la línea extraordinariamente noble de su frente, de su nariz y de sus labios. Sólo entonces descubrió la rara belleza de sus rasgos. Al cabo de un rato ella se tapó la cara con la manga y le rogó que le permitiera mostrarle por fin sus verdaderos tesoros, pues lo anterior apenas había sido digno de la atención del señor. A continuación el viajero se levantó del pequeño vehículo, se inclinó, aunque un poco torpe, tan profundamente ante ella como lo había hecho ella antes y contestó que si la bondadosa señora de los signos y milagros condescendía a mostrarle a él, bárbaro inculto, tesoros más secretos, aceptaría ese ofrecimiento con respeto y agradecimiento, aunque tendría que insistir en no ser llevado por ella sino que, ahora que sabía cuán noble dama le invitaba, consideraría la máxima aunque inmerecida distinción poder ir detrás o a lo mejor al lado de ella.

La muchacha protestó inclinándose, el viajero se inclinó a su vez e insistió y por fin impuso su voluntad. Dejaron el pequeño vehículo, y la muchacha cogió delicadamente con las puntas de los dedos la mano del invitado, que era mucho más alto que ella, y así caminaron en silencio uno al lado del otro hacia las salas interiores, al encuentro de continentes vírgenes y océanos del alba.

En el aula llovía sin parar. Olía a cieno, pues la eterna humedad ya había convertido casi en turba el suelo de tablas, las paredes estaban cubiertas de moho y en algunos lugares crecían grandes y niveas telas de salitre. Los cristales de las tres altas y estrechas ventanas eran lechosos para evitar que los alumnos se distrajesen mirando fuera.

La puerta que daba al corredor del colegio había sido repintada una y otra vez con capas grumosas y tenía el color de espinacas viejas y pasadas. En la pizarra situada en el lado frontal del aula aún podían leerse los restos de alguna fórmula: ... es un punto en el vacío... parte en el tiempo t un impulso luminoso... d... dt...

Sobre el estrado alto y negro como el alquitrán, situado delante de la pizarra, yacía como amortajado el cuerpo inmóvil de un muchacho de unos catorce años. Estaba vestido con un traje ajustado de funambulista con algún que otro remiendo. La venda blanca que llevaba alrededor de la cabeza mostraba sobre la frente una mancha roja redonda. Evidentemente, se trataba de una marca, pues era demasiado regular para poder ser sangre filtrada.

En los pupitres sólo estaban sentados seis alumnos -dos hombres, dos mujeres y dos niños-, alejados los unos de los otros y aislados. Todos estaban agazapados debajo de sus paraguas, leían, escribían o miraban fijamente. Delante del todo estaba sentado debajo de un paraguas negro un hombre de edad indefinida vestido con acusada corrección. Debajo del bombín negro su rostro resultaba pálido, y, a excepción de los acuosos ojos un poco prominentes, anodino. Sobre su mesa había una carpeta. Cerca de la puerta estaba sentado un hombre barbudo con gafas que llevaba una bata blanca. Sostenía un paraguas abierto de material plástico blanco y consultaba a intervalos su reloj de pulsera. En el lado de las ventanas una mujer vieja muy gorda se había embutido en un pupitre demasiado pequeño para su volumen, de manera que su enorme pecho descansaba delante de ella sobre el tablero. Su paraguas era floreado. Unas filas detrás de ella una mujer joven y esbelta, de piernas largas, vestida de novia, estaba sentada debajo de un paraguas blanco con volante de encaje. Al fondo del todo, en la última fila, estaban sentados dos niños. Uno, una niña pequeña, llevaba un paraguas de papel encerado. Tenía largo pelo negro azulado y ojos almendrados oscuros como la noche. El niño, al otro lado, parecía muy descuidado. Era pequeño y flaco de cara y estaba muy sucio. Su ropa estaba rota y cada dos por tres se secaba la nariz goteante con la manga. En la espalda llevaba alas blancas demasiado grandes, que mojadas por la lluvia y desgachadas colgaban pesadamente. Su paraguas constaba sólo de un conjunto de varillas de las que pendían algunos jirones de tela azul celeste.

Todos permanecían callados, pues estaba terminantemente prohibido hablar. Sólo la lluvia caía sin cesar.

Por fin, después de echar una nueva mirada a su reloj, el hombre de la bata blanca se inclinó hacia el hombre correctamente vestido y preguntó en voz baja:

-Perdone, pero ¿sabe usted cuándo viene el señor profesor?

El interpelado se llevó el dedo a los labios. Luego sacudió la cabeza y al cabo de un rato susurró:

-Nunca se sabe cuándo viene, ni siquiera si viene. Pero ay de quien no esté aquí si por fin viene.

El hombre de la bata blanca asintió suspirando.

-Ya me lo temía. ¿Puedo preguntar por qué está usted aquí?

El otro hizo un gesto desdeñoso con la mano y miró en torno suyo. De nuevo volvió a dejar pasar algunos minutos antes de contestar.

-Quiero completar mis conocimientos matemáticos. Soy funcionario.

-Ajá -dijo el hombre barbudo de la bata blanca, pero se veía que esa información no le satisfacía demasiado.

Durante un rato miró su reloj, luego escribió algo sobre un papel y se lo tendió a su interlocutor.

-¿Así que usted está aquí voluntario?, -leyó. Dio la vuelta al papel y escribió en el reverso-: Su pregunta no me concierne. Yo cumplo con mi deber.

Cuando el hombre de la bata blanca hubo leído el mensaje, dijo a media voz y en tono agresivo:

-Yo no estoy aquí voluntario. Soy médico, pero debido a una estúpida pequeñez me han retirado la licencia. Y ahora tengo que volver a empezar desde el principio. Lo encuentro terrible.

-Todo vuelve a comenzar siempre desde el principio -contestó fríamente el correcto-. La vida es repetición. ¿Con qué derecho espera que será el único aprobado?

-¡No hablen tan alto! -gritó la novia a media voz a los dos-. Podrían oírles y entonces nos impondrían a todos un arresto.

-Si me preguntáis -interviene ahora la señora gorda en la conversación-, deberíamos irnos a casa sin más. Tengo hambre.

El funcionario se volvió hacia ella y la examinó con su mirada vacía.

-Eso no es posible -dijo reticente-, la puerta está cerrada.

De nuevo reinó el silencio durante un largo rato, sólo la lluvia caía sin cesar.

-Quisiera saber -murmuró entre dientes el niño de las alas empapadas- qué tiempo hace fuera. Quizás ya hay vacaciones.

La niña pequeña de los ojos almendrados le sonrió desde el otro extremo y susurró con la mano delante de la boca:

-Fuera está el paraíso, pero no se pueden abrir las ventanas.

-¿Qué hay fuera?

-El pa-ra-í-so.

-No lo conozco. ¿Qué demonios es eso?

-¿No lo conoces?

-No, nunca había oído hablar de ello.

La niña reprimió la risa.

-No te creo. ¿Acaso no eres un ángel?

-¿Y eso qué es? -preguntó el niño.

La niña de los ojos almendrados se quedó un rato pensativa y entonces susurró:

-En realidad yo tampoco sé lo que es el paraíso.

-¿Entonces de qué hablas? -dijo el niño.

-Pero sé que siempre está al lado -prosiguió la niña-. Eso lo sabe todo el mundo. Entre medias hay sólo una pared, a veces de piedra, a veces de cristal, a veces de papel de seda. Pero siempre al lado.

-¿No podríamos entonces romper los cristales? -propuso el niño, sonrojándose de su propia audacia-. Quiero decir, si merece la pena.

La niña le miró triste y susurró:

-Eso no serviría de nada. Siempre está al lado, así que nunca está donde estamos nosotros. Si estuviésemos ahí fuera, tampoco estaría allí. Pero ahora está ahí. Segurísimo.

-¡Callaros de una vez! -exclamó la novia en voz baja.

-Creo que viene alguien.

Todos escucharon atentamente, pero sólo se oía la lluvia.

El médico se puso de pie y se dirigió al estrado sobre el que yacía el muchacho del traje de funambulista como sobre un catafalco. Tuvo que subir a la silla que había detrás del estrado para poderlo contemplar.

-¿No sería mejor que hiciese sus deberes? -preguntó el funcionario alzando las cejas.

-Quizás es éste mi deber -contestó irritado el médico.

Durante un rato examinó al muchacho, comprobó el pulso, abrió cuidadosamente con el pulgar y el índice uno de sus ojos, palpó aquí y allá, sacudió finalmente la cabeza desanimado, bajó y se sentó en su sitio.

La vieja gorda, que le había observado con creciente curiosidad, exclamó ahora en voz tan alta que todos se estremecieron asustados:

-¡La enfermedad! ¡Diga al menos de qué ha muerto!

-De la lluvia -contestó en tono brusco el médico.

-Quizás -susurró la niña de ojos almendrados al niño de las alas empapadas- el paraíso está donde no llueve.

-O no siempre, en todo caso -dijo el niño más para sí-, sólo de vez en cuando.

-¿Te acuerdas ahora? -dijo la niña en voz baja.

Pero el niño no contestó, sólo se quedó pensativo con la mirada perdida.

La niña se puso de pie y caminó con pasos tímidos hasta el estrado. Trepó a una silla y desde allí a donde estaba el muchacho con el traje de funambulista. Se puso en cuclillas a su lado, colocó su cabeza en el regazo y sostuvo el paraguas de papel encima de él. Todos la miraban asombrados.

-Pero si viene el profesor... -exclamó la novia asustada.

-Quizás el profesor es él -dijo el niño de las alas poniéndose de pie.

Todos se volvieron hacia él.

-Podría ser -murmuró y volvió a sonrojarse. Arrastrando las alas se dirigió hacia delante, trepó decidido al estrado y sostuvo las varillas de su paraguas sobre el cuerpo tendido del muchacho.

-¡Tonterías! -opinó el funcionario con desdén.

-¡En absoluto! -replicó obstinado el niño-. Ya empieza a respirar.

-El médico se levantó de un salto, trepó de nuevo a la silla y colocó la mano sobre el pecho del muchacho, se inclinó sobre su boca y escuchó atentamente.

-Dos no bastan -exclamó entonces-, ¡más paraguas!

Todos fueron hacia delante y extendieron, protectores, sus paraguas encima del muchacho. La niña de los ojos almendrados se había inclinado profundamente sobre su cabeza y le quitó cuidadosamente la venda con la mancha roja redonda. Su pelo negro y largo envolvía los rostros de ambos.

De pronto el muchacho del traje de funambulista respiró profundamente, tosió un par de veces y se incorporó.

-¡Gracias! -dijo mirando los rostros que se agolpaban alrededor suyo-, fue lejos esta vez. ¿Qué hacéis aquí?

-Esperamos al profesor -contestó la novia.

-¿Eres tú quizás el profesor? -preguntó el niño de las alas.

-¡Oye tú! -exclamó el muchacho-, ¿es que tengo aspecto de ello?

-Nosotros no sabemos el aspecto que tiene -explicó el médico.

-¡Haga el favor de no hablar en nombre de todos nosotros! -le corrigió el funcionario-. Llevo aquí mucho más tiempo que usted.

El muchacho del traje de funambulista sopló un par de gotas de la punta de su nariz y sonrió.

-Lo importante es que todavía no ha llegado. Deberíamos intentar salir de aquí. ¿O estáis a gusto?

-No se trata de eso -respondió el funcionario-, existe también un sentido del deber. Nadie tiene derecho a sustraerse a la realidad, y menos cuando es desagradable.

El muchacho del traje de funambulista dejaba columpiar sus piernas desde el estrado.

-¿Habéis observado -preguntó suavemente- que basta cerrar los ojos durante un par de minutos? Cuando se abren de nuevo, se encuentra uno ya en otra realidad. Todo cambia constantemente.

-Cuando se cierran los ojos -dijo el niño de las alas empapadas-, se muere uno.

-Bueno -dijo el muchacho desde el estrado-, eso viene a ser lo mismo. Nosotros también nos transformamos, eso no tiene nada de particular. Yo era otro hace un momento y ahora soy de pronto éste.

-La mujer gorda asintió.

-Exacto, hijo mío. ¿Y de qué te sirve?

-De nada -contestó el muchacho-, ¿por qué habría de servir de algo?

-Yo, en todo caso -declaró el funcionario-, me quedaré e informaré puntualmente al profesor de todo lo que sucede aquí.

-¡Como usted quiera! -opinó el muchacho, saltando del estrado-. Yo sólo estoy aquí de paso.

-Pero no se puede salir de aquí -exclamó la novia-. La puerta está cerrada.

-Se puede salir de todas partes -replicó el muchacho-, si se sabe sonambular.

-¿Cómo se hace eso? -preguntó la niña de los ojos almendrados. Y el niño de las alas respondió:

-¿Qué significa sonambular?

-¡Todo tonterías! -exclamó el funcionario.

-Sonambular -dijo el muchacho del traje de funambulista- significa inventar una historia nueva y luego introducirse en ella. ¿Qué es lo que aprendéis en este colegio si ni siquiera sabéis eso?

-¿Dónde lo has aprendido tú? -quiso saber la persona gorda.

-Con un sonámbulo que inventé yo mismo -contestó el muchacho.

-¿Y tú sabes sonambular de verdad? -preguntó la muchacha sin aliento-. ¿Y nos lo puedes enseñar?

-¡Claro! -respondió el muchacho-. Aunque solo es muy difícil. A dos ya es mucho más fácil. Y si lo hacen muchos a la vez siempre sale bien. ¡Todos los sonámbulos de verdad lo saben!

-¿Cómo vamos a hacer eso de inventar una historia nueva? -inquirió la novia.

-Lo más sencillo -explicó el muchacho- es que representemos todos juntos una obra de teatro.

- Oh, dios mío -gimió la mujer gorda-, yo no puedo memorizar tanto texto.

- ¿Para quién vamos a actuar? -preguntó el médico.

-Para nosotros mismos. Somos espectadores y actores al mismo tiempo. Y lo que interpretamos es realidad.

- ¿Pero qué vamos a interpretar? -quiso saber el niño de las alas.

-Eso nunca se sabe antes -contestó el muchacho-. Se empieza sin más.

-Eso puede salir terriblemente mal -opinó la novia-. ¿Y qué será entonces de nosotros?

El muchacho se encogió de hombros.

-El que quiera saber eso antes no podrá sonambular.

-¿Pero no necesitamos un escenario? -preguntó la muchacha de los ojos almendrados-. ¿Y un telón?

-¡Desde luego! -dijo el muchacho del traje de funambulista. Se quitó la venda de la cabeza empapada por la lluvia y mientras la niña le cubría con su paraguas de papel se dirigió a la pizarra y lavó con el trapo las últimas huellas de la fórmula. Luego se dirigió a los demás.

-¿Podéis secarla?

-No servirá de mucho -opinó el médico-, la lluvia volverá a mojarla pronto.

-Unos minutos bastan -explicó el muchacho.

Abrió los cajones del estrado y encontró algunos trocitos de tiza de colores. Los demás habían secado mientras tanto lo mejor que pudieron la pizarra con sus pañuelos o mangas de las chaquetas. El médico se había quitado incluso su bata blanca y la había utilizado como bayeta.

-Ya es suficiente -dijo el muchacho.

Luego pintó con pocos trazos un escenario de teatro sobre la pizarra, el telón estaba alzado a derecha e izquierda y la decoración que había detrás mostraba un largo corredor lleno de puertas.

-Hay que dejarse abiertas todas las posibilidades -dijo el muchacho mientras dibujaba los últimos trazos-, ya encontraremos algo que nos guste detrás de una de esas puertas.

De un salto se introdujo en el cuadro que acababa de pintar. Los otros observaron fascinados cómo se paseaba de un lado a otro sobre el escenario.

-¡Venid! -exclamó-, ¡daros prisa! ¡La lluvia!

Primero trepó el niño de las alas al escenario, luego siguió la niña de los ojos almendrados. Después de ella vino la novia. La mujer gorda tuvo que ser empujada por detrás por el médico mientras tiraban de ella los que ya estaban arriba, luego subió de un salto el propio médico. Sólo el hombre del traje correcto seguía debajo de su paraguas negro sin poderse decidir.

El muchacho del traje de funambulista se asomó una vez más fuera del cuadro y le tendió la mano.

-¿No se anima a venir?

El hombre sacudió la cabeza.

-No creo en ello.

- No lo necesita. ¡Hágalo sencillamente!

- Pero -el funcionario dio un paso atrás- no sé lo que puedo importaros. Yo no encajo en vuestra pieza de teatro.

-No tenemos ningún interés en usted -contestó el muchacho-, todos encajan en nuestra pieza.

Encima del cuadro corrían ya gotas de lluvia por todas partes, haciéndolo borroso.

-No me apetece, la verdad -dijo el hombre.

- Lástima -exclamó el muchacho, luego se inclinó como un artista de circo-. ¡Adiós!

El telón se bajó lentamente desde ambos lados. Entonces el hombre se decidió en el último instante, cerró el paraguas, cogió la cartera debajo del brazo, sujetó firmemente el sombrero y saltó a través de la rendija del telón, que se cerró detrás de él.

La lluvia incesante borró poco a poco el cuadro de la pizarra.

El circo arde. El público ha huido atropelladamente. Las gradas están vacías, la carpa llena de humo y fuego. El payaso está solo en la pista. Su traje de lentejuelas centellea bajo la luz de las llamas. Su cara está blanca como la cal, debajo del ojo izquierdo brilla la consabida lágrima. Sobre la cabeza lleva ladeado un pequeño gorro puntiagudo. Con una fulgurante trompeta toca, solemne y ridículo, la gran melodía de despedida.

Todo es sueño. Sé que todo es sueño. Siempre lo supe desde que empecé a soñar que yo existía: este mundo no es real.

Ha concluido su canción sin prisa y sin tacha. Sale afuera y detrás de él se derrumban las vigas y los mástiles en llamas, la lona se hincha con el fuego y se hunde. El viento de la noche huele a ceniza y calor.

Fuera están los otros contemplando el incendio con los brazos caídos. Todos sabían que sucedería así. Ninguno ha hecho ademán de salvar algo. Ninguno llamó al payaso cuando estaba en medio del remolino de chispas, ninguno estaba preocupado por él, ni siquiera él mismo. En el resplandor, sus rostros parecen los rostros de personas dormidas. Ha empezado a llover un poco, pero demasiado tarde y no lo suficiente, sólo lo justo para que todos tengan el pelo mojado sobre la frente.

Cuando uno sabe en sueños que sueña, está a punto de despertarse. Yo me despertaré en seguida. Quizás este fuego no es de otra cosa que el primer rayo del sol del amanecer de otra realidad que se cuele debajo de mis párpados cerrados.

Lentamente oscurece. El fuego se desmorona poco a poco. En las casas de alrededor no hay ninguna ventana iluminada. Están negras y vacías en la penumbra. A lo lejos se oyen gritos, luego algunos disparos y el duro tableteo de una metralleta. Son los habituales ruidos que anuncian la noche, la noche llena de asesinatos, llena de tormentos e interrogatorios, la noche en la que nadie confía en nadie.

Está prohibido despertarse. El mero deseo de despertar se considera un intento de huida, de alta traición. Hay que mantenerlo en secreto.

-Para mí -dice el director en la oscuridad-, que han sido ellos los que han provocado el incendio, como represalia o advertencia...

Hurga con un palo en la ceniza. Todos saben de qué habla. Hace dos días fue asesinado uno en medio de los espectadores. Era de la milicia homicida, uno de los vigilantes que están por todas partes. Cuando todo el mundo se había ido seguía sentado con su uniforme de cuero negro brillante, pero estaba muerto, estrangulado. Nadie se había dado cuenta cuándo sucedió, nadie había querido darse cuenta.

-Eso no lo hizo ninguno de nosotros -dice alguien.

-No -contesta el director-, pero de nada nos vale, como veis.

Tras un largo silencio, una voz de mujer murmura:

-Pero esto no puede continuar así eternamente.

-Continuará -dice el director- hasta que le pongamos fin. De eso se trata a partir de ahora.

Se trata de despertar.

-Si no emprendemos nada -prosigue el director-, esto continuará siempre así. Tenemos que luchar. Tenemos que sumarnos a los que luchan.

El payaso se aparta y se dirige a la roulotte arrastrando los pies por los charcos. De pronto está muy cansado. Permanece un largo rato sentado delante del espejo contemplando su cara blanca como la harina con la lágrima debajo del ojo izquierdo. Entonces empieza a desmaquillarse. Debajo aparece otra cara. Es mucho más irreal, una cara de nadie, una cara cualquiera, le resulta completamente extraña, siempre le resultó extraña esa cara. Durante un instante trata de parecer inteligente o al menos serio, pero sus rasgos vuelven a caer en seguida en un estado de reposo, en el estado de perplejidad habitual. Es el rostro de un lactante viejo.

Ya es bastante asombroso que yo exista. Pero aún es más asombroso que pudiese hacerme tan viejo. Me esforcé, damas y caballeros, hice lo posible. Me dije: si todos los demás soportan este mundo, cuando seguro que tampoco les resulta más fácil que a mí... Yo he esperado toda mi vida y me he hecho viejo con la esperanza de despertar, y mirad dónde estoy. Les envidio a todos por su despreocupación. Yo estoy preocupado.

Mientras se cambia de ropa, el director entra con sombrero y gabardina y la inevitable punta de cigarro fría entre los dientes. Debajo del brazo lleva el largo látigo con la cuerda enrollada alrededor del corto mango. Sacude el sombrero, lo coloca sobre la mesa de maquillaje, al lado deja el látigo. Luego se sienta a caballo en la silla con el respaldo entre las rodillas. Eso significa que tiene algo importante que decir. El payaso está de pie y se esfuerza en parecer atento.

-Bueno -dice el director-, tú sabes de qué se trata.

Vuelve la cabeza como `si temiese que alguien pudiera escucharles en el pequeño espacio.

El payaso asiente.

Se trata de despertar.

-Nosotros colaboramos -prosigue el director, bajando la voz-, ahora no nos queda otro remedio. Los demás están todos de acuerdo. ¿Y tú?

El payaso vuelve a asentir.

El director le agarra del hombro y lo sacude un poco.

-Escucha, ahora ya no interesa tu número. Ya no interesa en absoluto el circo. Todo eso se acabó desde esta tarde. Esas son cosas para tiempos normales.

Cosas para otro sueño.

-Tienes que decidirte -dice la boca con la punta de cigarro-, con nosotros o contra nosotros, caliente o frío. Quien trate de mantenerse al margen es un traidor y será tratado como un traidor por todos.

Está prohibido despertarse.

El payaso asiente por tercera vez.

-Bien -oye la voz ronca del director-, entonces nos fiamos de ti, viejo. Te esperamos a medianoche en la sesión del comité. Pero sé puntual, ¿me oyes? Allí te enterarás de todo lo demás. Aquí está la dirección

El director le entrega una nota.

-¡Léela, memorízala y quémala después! En ningún caso deberá caer en manos de otra persona, sea quien sea. ¿Comprendido?

El payaso no deja de asentir.

El director le da un cachete amistoso, coge su sombrero y se va. Ha olvidado el látigo. El payaso lo contempla cómo está allí sobre la mesa de maquillaje, extiende cautamente la mano para cogerlo y se tumba en la cama. Desenrolla la cuerda, vuelve a enrollarla, la desenrolla de nuevo.

Al fin y al cabo no puedo ser el único que se ha dado cuenta. Tan listo no soy. Sólo se han puesto de acuerdo en no hablar de ello. ¿O acaso quieren que sea precisamente así? ¿Les gusta a todos este sueño?

El payaso se levanta, se pone su viejo abrigo, se enrolla una larga bufanda alrededor del cuello y se pone el sombrero. Lee una vez más las señas, luego quema el papel en el cenicero. Las llamas se elevan y se apagan.

Fuera, detrás del campo donde están las roulottes, empieza una pequeña pradera pisoteada. Allí encuentra un grupo de colegas que miran en silencio en una dirección. Se acerca para ver qué miran.

A cierta distancia, donde comienza la calle iluminada que conduce al centro de la ciudad, varios soldados de la milicia con uniforme negro conducen a unos veinte hombres y mujeres cuyas manos están atadas a la espalda. Aunque ninguno de los detenidos opone resistencia, los uniformados les golpean constantemente con porras.

Ya el deseo de despertar es considerado un crimen.

-No soporto este espectáculo -masculla una acróbata que está delante del payaso-, sencillamente no lo soporto.

Su compañero, que está a su lado, trata de sujetarla, pero ella se suelta y corre hacia el grupo de los detenidos. Todavía va vestida con su maillot, sólo se ha echado un abrigo encima de los hombros. Da varias vueltas alrededor de los uniformados, realiza toda clase de movimientos provocativos y les insulta a la cara, mientras tanto ha perdido su abrigo. Los soldados de la milicia ni siquiera la miran. En cambio, uno de los detenidos cae de pronto al suelo como muerto. Uno de los uniformados le da una patada en el costado. Como eso no sirve de nada, golpea al hombre con la porra. El resto de los detenidos se ha quedado parado y contempla la escena con caras pálidas, adormiladas.

La acróbata vuelve, ahora sin su abrigo, al grupo de la gente del circo.

-¡Haced algo! -balbucea-. ¡No os quedéis ahí como idiotas! ¡Haced algo!

Siempre me he esforzado, damas y caballeros, hice lo que pude.

El payaso se abre paso hacia adelante. Acaricia la mejilla de la acróbata y susurra:

-Dejadme a mí.

Miradas de asombro se dirigen a él. La acróbata susurra:

-¿Habéis oído?

Cómo se puede tener miedo si se está a punto de despertar? Yo soy también sólo un sueño. Mi existencia es ridícula e increíble.

Mientras tanto otros dos soldados con uniformes negros han surgido con metralletas debajo del brazo entre las roulottes y caminan hacia la gente del circo.

El payaso va a su encuentro. Ellos se detienen con las armas listas. Sus caras son jóvenes, infantiles y están un poco hinchadas. Parece como si durmiesen con los ojos abiertos.

El payaso saca del bolsillo del abrigo el látigo enrollado del director y saluda llevándose al ala del sombrero. Los dos uniformes miran inseguros el látigo, luego intercambian una mirada rápida y se ponen firmes.

-¿Me conocéis? -pregunta el payaso en tono cortante y acostumbrado a dar órdenes.

Los dos intercambian de nuevo una mirada insegura, luego dice uno:

-A sus órdenes, no señor.

-¡Me conoceréis -prosigue el payaso- y os garantizo que lamentaréis haberos cruzado en mi camino! ¿Habéis visto lo que ha sucedido allí enfrente?

-No, señor dice esta vez el otro soldado.

-¿Qué imbécil tiene aquí el mando? -les increpa el payaso-. ¡Nadie sabe nada del otro, nadie sabe lo que pasa, cada cual hace lo que le da la gana! La palabra disciplina parece ser aquí desconocida. ¡Allí se llevan a una gente cuya detención me corresponde a mí, exclusivamente a mí! ¡Esos idiotas han desbaratado con su precipitación uno de nuestros planes más importantes! ¡Maldita sea, aquí no estamos jugando a guardias y ladrones, comprendido! ¡Datos prisa, zopencos, y comunicad a vuestros compañeros que los prisioneros deben ser puestos inmediatamente en libertad, inmediatamente! ¿Lo habéis comprendido?

-Sí -dice el primer uniformado-, ¿pero de quién diré que viene la orden?

-¡De mí! -le grita el payaso-, ¡dile a esos malditos estúpidos que la orden viene' del hombre del látigo! Espero que estén mejor informados que vosotros dos, si no que Dios se apiade de ellos. ¿A qué esperáis? ¡Datos prisa, hopp!

Los dos uniformados salen corriendo, no especialmente de prisa, están visiblemente confusos. El grupo de los detenidos y sus guardianes ha desaparecido mientras tanto en la oscuridad. El payaso se vuelve hacia sus colegas, pero éstos también se han ido. Está solo en el campo.

Despacio se dirige al centro de la ciudad. Tiene aún mucho tiempo hasta medianoche, pero tendrá que buscar la dirección que le ha dado el director. Y tiene un sentido de la orientación deplorable. Camina y camina, un paso tras otro, a ciegas, como ha caminado toda su vida.

Como caminan todos toda su vida sin conocer el momento siguiente, sin saber si con el próximo paso pisarán aún suelo firme o caerán en la nada. Este mundo es tan precario que cada paso es una decisión.

Esa peculiar manera de caminar es la que hace reír a los espectadores nada más empezar su número. Sólo necesita salir a la pista tambaleándose siempre un poco, vacilante y superando con cada paso la vacilación, actuando de manera desafiante, por así decirlo, como si quisiera arriesgarse. Como un niño testarudo.

En las calles por las que pasa hay automóviles volcados, algunos arden aún un poco. Muchas ventanas están rotas y los cristales crujen debajo de las suelas. Pasa por encima de un perro muerto y más tarde, en un charco de aceite, ve un pájaro caído de espaldas con las alas extendidas. Probablemente le ha matado el humo.

Mi existencia es incomprensible y ridícula. Pero nunca estuvo a mi alcance poder elegir otra. Uno no deja de ser quien es. La libertad existe siempre sólo en el futuro. En el pasado ya no se puede encontrar. Nadie puede escoger otro pasado. Todo lo que sucede tenía que suceder como sucedió. A posteriori todo es inevitable, a priori nada. Lo único que importa es despertar del sueño. A pesar de todo, corremos detrás de la libertad, no podemos hacer otra cosa, pero la libertad

camina siempre un paso por delante como un espejismo, existe siempre en el próximo instante, siempre en el futuro. Y el futuro es oscuro, una pared negra, impenetrable ante nuestros ojos. No, pasa entre nuestros dos ojos, a través de la cabeza. Estamos ciegos. Cegados por el futuro. No vemos nunca lo que está ante nosotros, nunca el próximo segundo, hasta que nos rompemos la nariz contra él. Vemos sólo lo que hemos visto ya. Es decir, nada.

El payaso entra en una de las casas. Está iluminada turbiamente. Las puertas están destrozadas, en las viviendas encuentra sillas volcadas, muebles rotos, huellas de fuego, cortinas desgarradas. Alrededor de una mesa hay personas sentadas, parecen llevar allí mucho tiempo, pues las arañas han tejido sus telas entre ellas. Las caras reseca como las de las momias enseñan los dientes o tienen las bocas abiertas como para una carcajada inaudible. El payaso descubre entre ellas a un joven delgado que duerme con la cabeza apoyada en los brazos. Sobre el polvo del tablero de la mesa hay números escritos, muchos números. El muchacho duerme como un niño y el payaso sale silenciosamente para no despertarle.

Entra en patios traseros y trepa por encima de muros que se desmoronan y al final se pierde irremediamente, como era de esperar. Sin embargo, eso no le preocupa demasiado.

Y entonces se encuentra de pronto en una amplia plaza iluminada. De muchos escaparates de un gran almacén sale luz.

El payaso va de uno a otro, todos están vacíos, Sólo cuando dobla una esquina ve un grupo de personas delante de uno de los cristales mirando inmóviles, entre ellas hay también algunos hombres con uniforme negro. No está del todo seguro, pero le da la impresión de que están también los dos con los que habló, y los otros que se llevaban a los detenidos y también sus víctimas están allí. Ya no se interesan los unos por los otros, están completamente cautivados con lo que ven en el escaparate.

El payaso se pone de puntillas y mira por encima de sus cabezas. Detrás del gran cristal pululan bichos gigantes, gusanos acorazados largos como un brazo que se yerguen con mil patitas trémulas, cochinillas y escarabajos del tamaño de una mano, grandes y negros como botas. En lo alto flota una gran esfera, pulida y metálica. Flota al parecer libremente en el aire, sin ningún dispositivo de sujeción ni hilos y gira en todas las direcciones, tan pronto despacio, tan pronto vertiginosamente. Sobre la esfera se encuentra una rata, una rata enorme, casi tan grande como un perro. Corre hábilmente en la dirección opuesta para mantenerse sobre la esfera. Quién sabe cuánto tiempo lleva ya en esa terrible situación. Parece agotada, su piel está mojada y erizada de sudor frío, su boca entreabierta de manera que se ven dos largos dientes roedores amarillos, su respiración es agitada.

No podrá seguir mucho tiempo así, pronto se resbalará y caerá en el espantoso hervidero que ya alarga ávido mil antenas y tenazas.

Ese es, pues, el espectáculo que reúne a la gente ante el cristal.

El infierno es una pesadilla que no acaba nunca. Pero ¿cómo he entrado en él? ¿Qué tengo que hacer para despertar por fin?

El payaso mira las caras de los circunstantes. Sus ojos están abiertos, pero son vidriosos como los ojos de los que duermen. Algunos tienen la boca abierta. Nadie repara en quien los mira fijamente tan de cerca. También se han olvidado los unos de los otros. Y él sabe que ninguno de esos muñecos vivientes le respondería si le preguntase por el camino. Además no puede hacerlo, no puede nombrar la dirección bajo ningún concepto.

Me dirijo a ti, al que me sueña, quien quiera que seas. Sé que no puedo hacer nada contra ti, tú eres el más fuerte. Llévame a donde quieras, pero ten presente que a mí ya no me engañas.

Si saber cómo, el payaso se encuentra al cabo de un rato cerca del edificio que le había indicado el director; se trata de una pequeña pensión de artistas que él ya conocía de antes. En la calle yacen cadáveres rígidos y absurdamente descoyuntados como figuras de escaparate. Entre medias esparcidos algunos miembros, también cabezas con sombreros y corbatas alrededor del cuello.

Cuando el payaso dobla hacia la calle donde se encuentra la pensión, ve ya desde lejos que está llena de personas que se mueven de un lado a otro como olas del mar. Delante de la puerta de la pensión se agolpan y retroceden de nuevo. Pero todo eso sucede sin un solo ruido y exageradamente despacio. También hay entre ellas muchos hombres con uniformes negros y otros con largos abrigos de cuero. Cada uno parece pegar al otro con todas sus fuerzas, pero debido a la lentitud del movimiento todo es como un ceremonial fantasmagórico. Con amplios movimientos danzarines cada uno estrella el puño o lo que sujeta en él en la cara del que se encuentra más cerca. No se oye nada, excepto un sordo jadeo general y el restallar y el estrépito de los golpes.

El payaso se aparta rápidamente y se sube el cuello del abrigo para ocultar la cara, pues uno de los matones se ha fijado en él y le señala con el dedo. Otros vuelven sus caras indiferentes e hinchadas y ahora viene hacia él un grupo con pasos largos, medió flotantes. Otros se suman a ellos. El payaso dobla rápidamente una esquina a un callejón oscuro, luego al próximo y a otro. Mientras corre, mira hacia atrás y no ve a ningún perseguidor. Quizás les ha despistado.

No tiene sentido huir. No hay ningún refugio. Lo que aquí sucede, sucede por todas partes. Sucede siempre. El que huye cae aún más en la trampa.

Después de atravesar otras oscuras callejas, descubre la entrada apenas iluminada de un local, una cervecería, al parecer. La entrada consiste en una enorme puerta giratoria; delante y dentro de ella dan tumbos unos borrachos. Al acercarse, el payaso duda de que sean borrachos, pues todos tienen los ojos cerrados y extienden los brazos como si se hiciesen los ciegos. Tal vez son sonámbulos y lunáticos, pues cuando se dirige a uno de ellos en voz baja, éste no contesta, sino que continúa vagando de un lado a otro con los brazos extendidos. Quizás fingen, quizás no. El payaso decide entrar y esperar en el local hasta que pueda regresar a la pensión. Pasa por la puerta giratoria.

El local se encuentra en el sótano, y el payaso baja dando traspiés algunos peldaños que no había visto. Ante él se abre un espacio alargado como un tubo que se pierde hacia el fondo en la penumbra y las nubes de humo. Sólo algunas bombillas desnudas de escasa potencia cuelgan del techo y difunden una luz mortecina. En la esquina más alejada a la izquierda se alza una especie de tribuna rodeada de una barandilla de madera tallada. Todas las mesas del local, a excepción de la de la tribuna, están ocupadas. Vasos de cerveza medio vacíos, ceniceros volcados y restos de comida cubren los tableros. Los clientes están apretados unos contra otros, muchos descansan sus caras sobre los brazos, algunos están tumbados con la mejilla en un charco de cerveza mientras los brazos cuelgan debajo de la mesa, todos duermen con las bocas abiertas. Resoplidos y ronquidos llenan el aire fétido. De cuando en cuando se mueve uno de los durmientes, desplaza pesadamente su cabeza de un lado a otro y suspira como si no encontrase la postura adecuada.

El payaso busca un camino entre las mesas, por encima de piernas estiradas, hacia la tribuna del fondo, para alcanzar el único sitio libre. Llega a la barandilla de madera y comprueba que ésta no tiene ninguna abertura de entrada, tampoco hay escalones que conduzcan arriba. Así que trepa cuidadosamente, para no molestar a ninguno de los durmientes, a la mesa más próxima y desde allí pasa por encima de la barandilla. Con un suspiro se sienta en una de las sillas, apoya la barbilla en un puño y espera.

Sueñan que sueñan. Están en otro sueño. No hay que despertarles. Quisiera poder dormir como ellos.

-¿Pero me están escuchando? -pregunta alguien, irritado, a media voz.

El payaso se estremece. Sólo ahora se da cuenta de que alguien le habla en voz baja desde hace un buen rato. Es el director.

-Claro que sí -murmura el payaso-, escucho atentamente. En su turbia memoria busca alguna palabra que ha oído. Ahora recuerda que el otro decía que la sesión del comité había sido trasladada allí en el último instante, porque la milicia se había enterado a través de un traidor y la pensión había sido acordonada.

-No parece impresionarte demasiado -dice el director, mirando desconfiado al payaso-. ¿Tienes idea de quién puede haber sido el traidor?

El payaso sacude la cabeza.

-¿Cómo sabías que estábamos aquí? -sigue inquiriendo el director mordisqueando la punta fría del cigarro-, ¿o te ha traído aquí el puro azar?

El payaso asiente.

-Muchas coincidencias, ¿no te parece? -pregunta el director.

El payaso asiente profundo, luego se vuelve en su silla y dice a voces:

-¡Pero el servicio es catastrófico! ¿Cuánto hay que esperar aquí para encargar algo?

-¡Silencio! -exclama el director con voz ahogada, tapándole la boca.

Cuando vuelve a soltarle, el payaso pregunta:

-¿Por qué?

El director se hecha hacia atrás.

-Escucha, he asumido la responsabilidad de ti. Yo respondo de ti. Pero entre nosotros hay algunos que están convencidos de que sólo tú puedes ser el traidor. Les he dicho que te considero incapaz de cometer semejante marranada. ¿Qué tienes que decir a eso?

El payaso saca del bolsillo de su abrigo el látigo del director y lo deja delante de él.

-¡Toma! -dice-, lo habías olvidado.

El director gira la punta del cigarro entre los labios.

-Gracias, viejo, ya no lo necesito.

De nuevo examina al payaso con ojos inquisitivos.

-Nadie oyó lo que dijiste a los del uniforme negro. Hay algunos entre nosotros que quisieran saberlo. ¿Qué dijiste?

-Les ordené que obligaran a los otros a dejar en libertad a los prisioneros.

-¿Eso dijiste? ¿Y ellos qué contestaron?

-Obedecieron porque vieron el látigo.

El director enciende la punta del cigarro y da dos o tres chupadas con los ojos cerrados. Luego se domina, da al payaso una palmada admirativa en la rodilla y sonrío.

-Te creo. Te conozco y te creo. Nosotros lo arreglaremos todo. Déjame a mí, viejo.

Se inclina hacia adelante y mira al payaso intensamente a los ojos.

-¿Qué te parece, pronuncio ahora mismo mi discurso?

El payaso mira por encima de los durmientes y asiente.

No se les debería despertar. Están en otro sueño. Quizás son ellos los que sueñan este mundo.

Desde luego -dice-, éste es el momento oportuno.

El director se pone de pie y se acerca a la barandilla. Pero entonces parecen entrarle dudas y se vuelve hacia el payaso.

-Creo que será preferible preguntar primero al dueño. Es de los nuestros, pero tal vez sea mejor que pregunte si está de acuerdo. Al fin y al cabo es su local.

-Deberías hacerlo -opina el payaso.

El director se dispone a trepar por encima de la barandilla. Ya está sentado a caballo, pero entonces se detiene una vez más y susurra al payaso:

-Oye, tú podrías pronunciar algunas palabras de introducción. Ya sabes: calentar un poco a los oyentes y todo eso. Yo vuelvo en seguida y me encargo del discurso.

El payaso asiente sin fuerza.

-Tú ya sabes que no sé hacer eso. Lo confundo todo tan fácilmente.

-¡Pues te dominas! -bufa el director, furioso-. ¿Es que no lo comprendes? Te estoy dando una oportunidad. Quizás sea la última.

-¿De qué voy a hablar?

-De lo que quieras.

El director salta al suelo, se sujeta con ambas manos a las barras de madera de la barandilla y dice entre ellas al payaso:

-Lo importante es que animes a la gente. De eso se trata.

Se trata de despertar. Es lo único que importa.

El payaso sigue con la mirada al director, que se abre camino entre las mesas hacia una puerta en la pared lateral del largo recinto. Allí se da otra vez la vuelta y hace un gesto enérgico con la mano. Cuando abre la puerta, se oye por un instante ruido de voces, también hay voces de mujer entre ellas, suenan excitadas, como si hubiese una pelea. Probablemente es la entrada a la cocina.

No quiero hablar. No quiero volver a tener que hablar nunca. No tengo ya nada que decir.

El payaso baja rápidamente por encima de la barandilla a una de las largas mesas y corre, teniendo cuidado de no tocar a nadie, entre las cabezas de los que duermen y los vasos de cerveza hacia el final del tablero. Quiere largarse.

Es inútil huir. No hay ningún refugio.

Cuando se dispone a bajar al suelo se abre la puerta de la cocina y el director asoma la cabeza.

-¿Has empezado ya?

-Aún no -contesta desanimado el payaso-, me disponía a hacerlo.

-¡Date prisa! -dice el director-, cuento contigo -su cabeza desaparece.

El payaso se incorpora. Está de pie sobre la mesa y se vuelve hacia todos los lados, luego cruza los brazos en la espalda como un escolar que tiene que recitar una poesía.

¡Distinguido público, mis queridos soñadores!

El número que viene a continuación es único en el mundo y exige la máxima concentración. Por eso rogamus completo silencio y un redoble de tambor. Este es el momento de la verdad, pero yo no sé, sinceramente, lo que es un momento y no sé nada de la verdad, y menos aún a quién me refiero con «yo».

Cuando vine a este sueño que vosotros llamáis el mundo, éste era malo y ha seguido siendo malo o se ha vuelto aún peor. Yo no tengo memoria. Tampoco sé contar detalles. Siempre lo olvido todo. Pensé que era el sueño equivocado o el mundo equivocado al que había ido a parar. O quizás era yo el equivocado para este mundo, para este sueño. Me han aporreado y encerrado, me han elogiado y, a veces, me han dado mucho dinero, aunque siempre era el mismo y hacía lo mismo. Por eso me he dedicado a hacerles reír y llorar. Eso era lo que yo sabía hacer.

El payaso se siente un poco importunado porque le alcanza el cartón fieltroso de un vaso de cerveza. Alguien le ha elegido, al parecer, como blanco de una broma. Se vuelve hacia el bromista y descubre sobre la tribuna donde acaba de estar con el director a un hombre grande, calvo, de complexión atlética, que le dirige una risa ingenua y sigue lanzándole los redondos cartones de fieltro. Al parecer, se trata del mozo del local, pues lleva un delantal verde. Como el payaso supone que el forzudo no tiene mala intención, le da a entender con un movimiento de la mano que ahora no puede intervenir en el juego porque está ocupado con algo importante. Al mismo tiempo esboza una sonrisa simpática para no irritar al tosco personaje. Pero como éste le sigue molestando con una sonrisa fija, el payaso pasa a una mesa que está más alejada.

Espero y espero despertar por fin, pero no puedo. Como un nadador que se ha perdido debajo de la capa de hielo, busco un lugar para emerger. Pero no hay ningún lugar. Toda la vida nado con la respiración contenida. No sé cómo podéis vosotros hacerlo.

El payaso tiene que agacharse para esquivar otros cartones arrojados con puntería. Pero al ser alcanzado por algunos proyectiles, toma a su vez uno de los reblandecidos discos de cartón que hay sobre la mesa y lo lanza contra el mozo, sonriendo siempre, claro, y con la esperanza de contener por fin al bruto o de moverle a dejar ese estúpido juego. De hecho, el mozo se detiene, sorprendido. El

payaso mira hacia todos los lados con la esperanza de que el director regrese por fin y se haga cargo de la situación. Pero no aparece por ninguna parte.

¿O acaso nuestro soñador no sabe que sólo nos sueña a nosotros? ¿Puedo yo, un sueño, explicárselo para que despierte de una vez? Y explicadme una cosa, damas y caballeros, ¿qué sucede con un sueño cuando despierta el soñador? ¿Nada? ¿No sucede ya nada? Pero yo quiero salir de aquí, ¡en serio! No quiero seguir soñando que existo. Tampoco quiero dejarme soñar por no se sabe quién. ¿O acaso nos soñamos todos los unos a los otros? ¿Somos un tejido de sueños, una selva de sueños sin límites y sin fondo? ¿Somos todos un cínico sueño que nadie sueña?

En ese momento un vaso de cerveza pasa rozando la cabeza del payaso y se estrella estrepitosamente detrás de él contra la pared. El mozo no puede haberlo lanzado, pues venía de una dirección completamente distinta. Pero el payaso tampoco ha visto que uno de los durmientes se haya movido. Mientras escudriña en torno suyo con la mano sobre los ojos, de otra dirección le viene volando una botella que esquiva a duras penas. Más botellas, vasos de cerveza, ceniceros de piedra y otros objetos la siguen procedentes de todas direcciones hasta que se desencadena una verdadera lluvia de estos proyectiles a su alrededor. Levanta los brazos para proteger la cabeza y se agacha, pero así, con la visión entorpecida, no puede esquivar ya con la suficiente rapidez y es alcanzado varias veces dolorosamente en la espalda, los hombros y los brazos.

Como la fuerza de los proyectiles aumenta cada vez más, de manera que pronto atraviesan el aire con el aullido estridente de las balas perdidas, el payaso considera aconsejable saltar de la mesa. A gatas y tratando siempre de estar a cubierto, avanza entre las piernas de los inmóviles durmientes hacia la puerta de la cocina. La alcanza por fin, pero ésta no se deja abrir. No porque haya sido cerrada con llave, sino porque al parecer han colocado pesados muebles al otro lado. Tira violentamente del picaporte, martillea la puerta con los puños, lo que apenas se oye en el tumulto de los proyectiles, y se apoya contra ella con todas sus fuerzas, ya no demasiado grandes. Es inútil. Se incorpora y se vuelve a mirar a la sala. Ahora tampoco está ya el mozo, tal vez ya ha huido también del bombardeo. El payaso está solo con el ejército de los durmientes y su batalla.

Pero si resulta que sólo soy vuestro sueño común, que todos vosotros me habéis soñado desde el principio, que nunca fui otra cosa que el sueño de mi venerado público; entonces os ruego, mis queridos soñadores, os pido de todo corazón: ¡dejadme marchar! ¡Soñad a partir de ahora con otra cosa, pero no conmigo! No puedo más. No pretendo que os despertéis. ¡Por mí seguid durmiendo mientras queráis y dormid bien, pero dejad de soñarme! Os habéis divertido conmigo, dejad ahora que me vaya, por favor!

En ese instante se estrella contra su frente un jarro de cerveza con la fuerza de una granada y se hace añicos. La pálida y vieja cara de recién nacido del payaso está de pronto roja de sangre y muestra la expresión de la más profunda sorpresa y completa comprensión. Sonríe como si por fin hubiese comprendido todo. Sus brazos realizan el ceremonioso gesto con el que siempre ha agradecido el aplauso de los espectadores, luego cae hacia adelante rígido como una figura de cera sobre el suelo de madera cubierto de cascotes.

Una tarde de invierno, el cielo está rosa pálido, frío y lejano sobre una llanura cubierta de nieve sin límites. En medio de esa llanura se alza una ruina, el resto de un grueso muro. En él se encuentra una puerta. Una puerta cerrada corriente, pintada de verde manzana, sin placa, a la que conducen tres desgastados peldaños de piedra. La nieve delante de los escalones está pisoteada, pues dos centinelas caminan de arriba abajo como péndulos que oscilan encontrándose. Sus movimientos producen una especie de ballet de pasos parsimoniosos, pausas, pisadas rápidas, nuevas pausas, giros súbitos, pequeñas pisadas presurosas y otra vez pasos parsimoniosos: un ritual complicado. Los uniformes de los hombres son negros y brillantes, también los cascos y las manoplas. Ambos sostienen debajo del brazo metralletas montadas. Cuando se cruzan, cambian cada vez las armas con algunos movimientos abruptos. Al mismo tiempo intercambian unas palabras a media voz. En el cielo giran bandadas de grandes pájaros negros, en silencio.

-¡Los cuervos! -dice uno de los centinelas, señalando con la mirada hacia arriba-. ¿Qué estarán buscando aquí? ¿Significará algo?

-¡No te pares! -murmura el otro-. Si nos ve alguien..., además son cornejas.

Y en el próximo encuentro.

-Nunca bajan. Permanecen siempre en el aire. Día y noche. ¿Cómo lo harán? Y son cuervos, te digo yo.

Ambos se paran, vuelven, se encuentran de nuevo, cambian las armas.

-¡Cornejas! dice el segundo entre dientes. La palabra vuela de su boca como una pequeña nube-. Una vez derribé una de un tiro, así, sin más. Tenía ojos como linternas, te aseguro.

-¿Qué te pasa? -pregunta el primero-, ¿tienes miedo?

En el siguiente encuentro pregunta, a su vez el segundo:

-¿Y tú?

El primero se encoge de hombros.

Un par de veces suben y bajan sin intercambiar palabra.

-Si al menos supiéramos -empieza otra vez el primer centinela- para qué representamos este baile de monos.

El segundo sorbe el contenido de su nariz goteante.

-Estamos guardando la puerta. Vaya pregunta estúpida.

-¿Por qué? ¿Para que no salga nadie?

-Claro. La cabeza de toro. Lo sabes de sobra. Peligroso.

-¿Ahí dentro? ¿Dónde? ¿Detrás de la puerta?

-Nunca. Porque él devora a todos -y con una sonrisa torcida el segundo centinela añade-: Un monstruo.

Mientras intercambian las armas, el primero murmura:

-Dicen que quien entra ahí ya no puede volver jamás. La puerta conduce siempre a otra parte, pero nunca al lugar de donde uno ha venido.

-¿Lo ves? -dice el segundo satisfecho, mientras se separan-, ya decía yo que no sale ninguno.

Vuelven, se encuentran de nuevo.

-¿Por qué -preguntó el primero tercamente- guardamos entonces la puerta?

-Hombre... -dice el otro, impaciente-, quizás para que no entre nadie, qué sé yo.

-¿Acaso quiere entrar alguien ahí?

-Voluntariamente seguro que no. Tendría que estar cansado de vivir.

Separación. Media vuelta. Cambio de armas.

El primero sigue insistiendo:

-O sea, ¿que nadie quiere entrar?

-Yo no lo haría por un millón.

-¿Y todavía no ha entrado nadie?

-Ni idea. Antiguamente, tal vez. Antes de mi época Yo no me acuerdo.

-¿Para qué guardamos entonces la puerta?

Ahora empieza el otro a alzar la voz.

-Ya te lo he dicho: para que no salga nadie. ¡Qué más da! Haz tu servicio y cierra la boca.

El primer centinela asiente con la cabeza.

-Está bien.

Y sólo después de que han caminado un buen rato en silencio de un lado a otro añade, disculpándose:

-Es como un diente hueco. Uno le da con la lengua una y otra vez, quiera que no.

Las bandadas de los pájaros negros en el cielo giran y giran en silencio. Finalmente el primer centinela no aguanta más.

-Los cuervos -dice en voz baja para sí- son ángeles disfrazados.

El otro tiene un ataque de tos.

-¡Sandeces! -dice con voz ronca-. Son cornejas, cornejas vulgares. Los cuervos son muy escasos.

-Los ángeles también -opina el otro, mirando al horizonte.

-¡Sandeces! -repite el segundo soldado, pero esta vez su voz suena débil y llorosa-. Si existen, los hay como la arena junto al mar. Pero no aquí, no entre nosotros.

-¿Dónde entonces?

-En otras épocas.

Durante el siguiente cambio de armas el primer centinela pregunta:

-¿Has mirado ya alguna vez al otro lado?

-¿Detrás de la puerta? No, ¿para qué?

Una larga pausa, durante la que ambos ejecutan su danza ceremonial. Por fin opina el primero:

-No está prohibido.

-Tampoco permitido -replica el otro-. En todo caso va contra nuestras órdenes.

En ninguna parte dice de qué lado de la puerta tienen que caminar los centinelas.

Prosiguen su marcha, se cruzan una, dos, tres veces y se miran a los ojos en silencio, entonces, de pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, cambian al mismo tiempo de dirección y cada uno camina desde su lado alrededor del resto de muro por la nieve, que aquí es alta y está intacta. Cuando se encuentran, el segundo centinela dice, aliviado:

-¡Si ya lo decía yo!

-No hay nada detrás -contesta el primero-. Por detrás es igual que por delante.

-No conduce a ninguna parte -confirma el segundo-. Ahora ya lo sabes.

Ambos regresan a sus puestos anteriores y reanudan el ritual de guardia. Pero ya en el siguiente cambio de armas el primer soldado vuelve otra vez a la carga:

-¿Por qué hay que guardarla entonces?

-¡Maldita sea! Quizás sólo es una antigua tradición de tiempos remotos, cuando estaba aquí la entrada de algo.

El primer centinela echa una mirada escéptica a la puerta verde, que le parece una puerta corriente, y murmura conciliante:

-¿Crees que está ahí sin más?

-Sin más -dice, agotado, el otro-, de épocas anteriores.

Durante un largo rato el primero reprime visiblemente cualquier nueva pregunta, ambos caminan de un lado a otro, pisan con fuerza, dan media vuelta, dan pasitos y van el uno hacia el otro con los pasos parsimoniosos prescritos. El primer centinela ve el miedo y la rabia en los ojos de su compañero y por eso dice en el siguiente cambio de armas con una sonrisa conciliadora:

-Probablemente tienes razón., Seguro. Todo esto data de otras épocas. Nosotros también.

Pero el otro ha percibido algo por el rabillo del ojo.

-¡Silencio! -bufa-, ¡cierra la boca! Ahí viene alguien. Ahora tendremos problemas.

El primero no se atreve a volver la cabeza.

-¿Nos habrán observado?

-Claro, ¿para qué vienen si no? Hasta ahora no había venido nadie.

-¿Quién es?

-Son dos.

-¿Les conoces?

-¡Es... la hija del viejo!

-¿Y quién más?

-Un tipo joven. Ni idea. No se te ocurra abrir la boca ahora.

Ambos centinelas saludan y permanecen rígidos y pálidos como muñecos de cera.

Una muchacha joven con abrigo de piel se acerca. Va con la cabeza descubierta, su abundante pelo rojo está recogido en la nuca en un severo moño. Su pálido rostro es estrecho, bello y duro como una gema. Siguiendo sus huellas por la nieve camina detrás de ella un hombre joven de tez morena que lleva debajo de una gabardina abierta el traje ceñido, valiosamente bordado, de un torero. En la mano izquierda sostiene la espada envuelta en la capa púrpura. La muchacha se ha detenido delante del resto de muro sin darse la vuelta y él la alcanza ahora.

-¿Eso? -pregunta con la respiración entrecortada y sonriendo incrédulo-, ¿lo dice en serio?

-Podéis iros -dice la muchacha a los dos centinelas sin mirarles.

Los dos soldados no saben si se refiere a ellos y no se atreven a moverse. Inopinadamente, el primero dice:

-Tenemos órdenes estrictas.

La muchacha se vuelve hacia él y le observa detenidamente. Puede verse que al soldado se le hiel la lengua en los dientes.

-¿Me conocéis?

El segundo centinela saluda una vez más:

-¡A sus órdenes, alteza!

-Está bien -dice la muchacha-, podéis iros.

-Pero su señor padre, el rey, ha ordenado que no dejemos a nadie...

La muchacha le interrumpe:

-Yo asumo la responsabilidad. Además, mi padre está informado. Os llamaré cuando podáis volver.

Los soldados se miran, se encogen de hombros y obedecen la orden. A una distancia prudente se detienen y esperan, vuelven la espalda a la pareja. Sólo a veces aventura uno de ellos un vistazo por encima del hombro.

-¿Así que -dice el hombre joven con aire emprendedor- cuando se pasa por esta puerta se llega a dónde?

-Eso depende -responde la muchacha, indiferente.

-¿De qué?

-De quien pase por la puerta. Y de qué lado. Y cuándo. Y por qué.

Ella se sienta en los escalones, ciñéndose el abrigo al cuerpo. Él la mira sonriente de lado y luego da una vuelta curioso alrededor del trozo de muro.

-Por lo visto, esos dos -dice al volver señalando por encima del hombro con el pulgar a los dos centinelas- también querían saberlo exactamente.

-Es posible -murmura la muchacha, pero el que quiera saberlo exactamente tiene que pasar por la puerta.

El hombre joven se sienta a su lado. Coloca el brazo alrededor de su hombro, pero ella lo rechaza con un movimiento breve e impaciente. El hombre joven ríe silenciosamente.

-Usted se burla de mí, ¿verdad?

La muchacha vuelve la cara y él se asusta como si le hubiese mirado su muerte. Ella sacude la cabeza imperceptiblemente, luego mira otra vez de frente y pregunta dirigiéndose hacia la blanca llanura:

-¿Es usted héroe de profesión?

El joven torero hace un esfuerzo y prorrumpe de nuevo en una pequeña risa.

-Bueno, según se mire. Yo sólo intento superar mi miedo.

-¿Miedo? -pregunta la muchacha en un tono como si la palabra le fuese completamente desconocida.

-A morir -contesta el hombre joven-, soy cobarde por naturaleza, como la mayoría de los seres humanos. Tengo miedo a morir. Por eso me ejercito en ello.

-¿Se ha muerto ya alguna vez? -pregunta la muchacha- ¿Cuántas veces?

El hombre joven estudia su perfil para averiguar si se está burlando de él, pero no lo logra. Suspira resignado y dice más bien para sí:

-La verdad es que no he pensado aún seriamente en ello.

La muchacha asiente y dice con dureza:

-Sí, usted puede lograrlo.

-¿Opina que lo venceré?

-¿Vencer? -repite ella asombrada-. Nadie puede vencerlo. Será mucho si lo encuentra en este laberinto.

-¿Y por qué cree, princesa, que lo lograré?

-Porque es usted un niño -dice la muchacha y no hay nada ofensivo en su manera de decirlo-, un niño cruel, insensato, quizás, pero un niño al fin y al cabo. Eso ejerce una atracción irresistible sobre él. Creo que se dejará encontrar por usted.

-¿Y qué fuerza -pregunta él- ejerce eso sobre usted?

Ella se queda pensativa, como escuchando, antes de contestar:

-Ninguna.

El hombre joven permanece callado y también pensativo. Finalmente, respira profundo y asiente con gesto grave.

-Usted me considera estúpido, ¿verdad? Tal vez tenga razón. Pero me parece que de alguna manera hay que ser estúpido si se quiere hacer algo. Y a mí, princesa, me interesa más hacer algo que justificarme por ello.

La muchacha le contempla atentamente y con cierta simpatía.

-¿Cuántos años tiene realmente? -pregunta ella.

-Veintiuno. Así que soy mayor de edad. ¿Y usted?

-Tres mil -dice sin sonreír-. ¿Me encuentra bonita?

Él se queda un poco perplejo, traga.

-Escuche, quisiera pedirle algo. Cuando entre allí, quiero decir, después de todo podría ser que yo...

-Oh, sí -dice la muchacha con frialdad-, eso podría ser. Hasta ahora no ha vuelto nadie.

El joven torero parece de pronto turbado, casi torpe.

-No me entienda mal, princesa, o más bien... El caso es que no tengo nada que me una al mundo de aquí fuera, ni familia, ni amada. Y pienso que podría haber situaciones en las que la sensación de ser esperado le dé a uno fuerzas y valor.

La muchacha sacude la cabeza.

-Mi pobre muchacho dice ella-, ¿cree en serio que el mundo de aquí fuera no pertenece ya al laberinto? La existencia de esta puerta hace que ya no haya ni delante ni detrás. Este mundo es sólo uno de los muchos sueños que usted ha soñado o soñará todavía.

El joven torero la mira desconcertado y balbucea:

-¡Y sin embargo! La mayoría de los héroes que conozco llevaban consigo algún recuerdo, un objeto de afecto, de amor, un talismán...

La muchacha no hace ademán de ayudarlo a salir de su apuro. Lo mira asombrada, como desde muy lejos.

-¿Se ha parado a pensar -pregunta despacio- que es mi hermanastro a quien quiere degollar?

Al hombre joven le sube la sangre al rostro.

-No, en eso no había pensado realmente. Nadie de su entorno habla de ello y creía que... Perdone, mi ruego era desconsiderado y brutal.

-¿Pensaba -sigue preguntando la muchacha- que era tan sencillo ser un héroe? ¿Pensaba que bastaba con no reflexionar para acertar y evitar el error? Si sólo se tratase de matar, el mundo estaría lleno de héroes.

-¡Pero después de todo -opina confuso el hombre joven-, después de todo él es un cabeza de toro, un monstruo, un engendro de la naturaleza, alguien que exige sacrificios humanos!

-¿De dónde sabe todo eso? -pregunta la muchacha dulcemente.

-Se cuenta. Todos lo dicen. También su padre. Hasta su madre, que lo puso en el mundo.

-Ah, sí, siempre las viejas historias -contesta ella cansada con las que se intenta distinguir el bien del mal. Pero en el recuerdo del mundo todo es uno y necesario.

Y tras un corto silencio añade:

-¿Y a donde irá todo el recuerdo del mundo, cuando nosotros los seres humanos ya lo hayamos olvidado desde hace tiempo?

-Pero aquellos que pasaron antes que yo por esa puerta -exclama el hombre joven, desconcertado- fueron devorados por él.

-No nos acordamos de nadie, ¿cómo vamos a saber lo que sucedió con ellos?

El joven torero se pone de pie, está pálido debajo de su piel morena, sus ojos brillan febriles.

-Ya averiguaré yo lo que sucedió con ellos.

Pero la muchacha vuelve a sacudir la cabeza.

-Tampoco tú serás un héroe, pobre muchacho. Un héroe es alguien de quien se pueden contar cosas, por eso tiene que quedarse en el mismo sueño, en la misma historia que aquellos que cuentan cosas de él. Pero nuestro recuerdo llega solo hasta este umbral. Quien lo atraviesa, abandona nuestro sueño.

-Yo, en cambio -dice el joven con decisión-, hablaré de ti a tu hermanastro cuando lo encuentre. Yo no te olvidaré.

Sube los tres escalones desgastados y coloca la mano sobre el picaporte. Pero aún titubea y se vuelve.

-¿De verdad -dice en voz baja- que no me quieres dar nada?

Por primera vez sonrío la muchacha y por primera vez parece precisamente por eso triste.

-¿Te refieres a un ovillo de hilo que te servirá para volver a tientas después de llevar a cabo la hazaña? No te servirá de nada, amigo, pues en cuanto se cierre esa puerta detrás de ti no sabrás nada de mí, ni yo de ti. No sabrías siquiera lo que significa el ovillo inútil en la mano y lo tirarías. Sufrirás muchas transformaciones, pasarás de una imagen a otra. Y cada vez crearás despertar y no te acordarás de tu sueño anterior. Caerás del interior al interior del interior y seguirás hasta el más profundo interior, sin acordarte, a través de vidas y muertes y siempre serás otro y siempre el mimo, allí donde no hay diferencias. Pero no alcanzarás nunca a aquel a quien quieres matar, pues cuando lo hayas encontrado te habrás convertido en él. Tú serás él, la primera letra, el silencio que precede a todo. Entonces sabrás lo que es soledad.

Se calla como si hubiese hablado demasiado, pero al cabo de unos instantes añade en voz baja:

-No, no puedo darte nada, ni siquiera este beso.

Sube hacia él y le besa. Él lo acepta con los brazos colgados y tiene ya la sensación de no ser nada más que un nombre olvidado hace mucho tiempo.

-¿Y tú? -pregunta él-, ¿recordarás al menos este beso que nadie ha recibido de ti?

-No -dice ella-, ¡vete!

Entonces él se vuelve rápidamente, aprieta el picaporte hacia abajo, la puerta se abre con facilidad y pasa. La muchacha se queda parada sin moverse hasta que vuelve a cerrarse.

Uno de los centinelas da al otro con el codo.

-¿Qué está haciendo? La puerta se ha abierto y cerrado.

-Ni idea -dice el otro.

Ven que la muchacha les hace una seña con la mano, corren hacia ella y presentan armas.

-Me da pena -dice la muchacha en voz baja.

Los soldados se miran desconcertados.

-¿Quién le da pena, alteza? -pregunta el primero.

-Nadie -contesta ella-, pensaba en mi hermano allí detrás de la puerta, mi pobre hermano Hor.

Y mientras se aparta y se aleja murmura una vez más:

-Pobre, pobre Hor.